

RESEÑAS DE LIBROS

ADDAMS, JANE: *Peace and Bread in Time of War*. With a new introductory essay by John Dewey. King's Crown Press, 1945, 267 p., \$2.00.

Jane Addams wrote in 1922 a pertinent essay on some of the pressing problems of 1914. A new edition of this study has been issued on the tenth anniversary of the death of the founder of Hull House. The title, *Peace and Bread in Time of War*, owes less to the Bolshevik revolutionary slogan, "bread, land and peace", than to Miss Addams' career as a pacifist during World War I, and to her reflections as a social worker and humanitarian in the immediate post-war period. The two themes of the book are introduced contrapuntally: "peace" concerns primarily the history of the Women's International League for Peace and Freedom, which Miss Addams helped to create in 1915; "bread" involves the social and economic issues raised by a war-starved Europe.

Now that a second World War has ended, the implications of pacifism during conflict may again be discussed more objectively. Jane Addams, whose convictions cost her friends and brought her opprobrium long before they won her in 1931 the Nobel Peace Prize, knew intimately the feelings of minorities. Perhaps unfortunately for the present-day reader, she chose to treat the record of the Women's League predominantly from an institutional point of view; the wider significance of her efforts to keep America at peace are often subordinated to the narrative of the group with which she was working. An important distinction, however, emerges: the main-spring of Miss Addams' pacifism was her insistence on the necessity of an international organization. Such an organization, she felt, could not stem from war, nor would war breed democracy. As a pacifist internationalist, in consequence, she was poles apart from the pacifist isolationist of World War II. Her comments on the potentialities of a war-born League still apply; wisely she noted the danger of coupling League Covenant with peace treaties. Wisely,

too, warned of the pitfalls ahead of a negative international society, organized by default rather than desire; she would possibly regret that the greatest current stimulus to working internationalism is the atomic bomb. Although some of her comments on the League appear axiomatic today, they had the quality of prophecy in 1922.

The problem of relief in devastated areas concerned Miss Addams throughout approximately half of *Peace and Bread*. John Dewey, in his introductory essay, terms Jane Addams a realist; she was even more of a realist in the economic than in the political sphere. Her tendency was constantly toward a-political discussion. Her interest was in people, not nations. If her arguments at times consequently seem politically unsophisticated, that it perhaps because we are unaccustomed to using "politics" in the Aristotlean sense. Miss Addams' main conclusion, was tested and proved in the inter-war years; the corollary, that the feeding of peoples is a duty devolving upon all countries, has modern exemplification in the structure of UNRRA. Her analysis of the mystic relationship of women and bread makes less rewarding reading, although there can be little disagreement in theory with her hope that a new international ethic, described by MacKenzie King as "the law of mutual aid", may arise out of common hunger. The coming European winter will test the remoteness of this ideal.

Inevitably, Miss Addams made some poor guesses: she underestimated the impact of the Russian Revolution, failed to anticipate Russia's rapid transition to an industrial economy; she looked toward an early disappearance of tariff walls; and, on a short-term basis, she misjudged Wilson's adherence to pacifism in 1916. (In the last instance, she had much company). On the credit side, she underlined the more serious flaw of the Versailles Treaty, speculated acutely on the rise of post-war European nationalism, citing nationalism as the shoal on which the League might founder, and stated firmly that, if the League proved weak, internal revolutions were bound to disrupt resentful participating nations.

Jane Addams wrote simply, without polish or pretense; her honest self appraisal and broad understanding afford abundant raw material on a critical period in American international thinking. Dewey notes that we continue to place our trust in traditional political-legal organizations, with their emphasis on force, rather than on the human and socially humane processes to which Miss Addams appealed. Even for

those of us who consider the former course the only practicable one at present, Jane Addams' tempered optimism provides a salutary lesson.

Elspeth V. Davies.

Sarah Lawrence College,
Barnard College.

ALMOÍNA, JOSÉ: *La Biblioteca erasmista de Diego Méndez*. Ciudad Trujillo, 1945, 149 p. (Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, Volumen XXXV).

De la ciudad primada de América nos viene esta obra escrita por un distinguido catedrático español que ahora reside en Santo Domingo. Aportación interesante para el conocimiento del siglo XVI en su aspecto filosófico y social, esta obra constituye uno de los regalos más agradables para el lector.

Considera el autor con razón "que el rastreo de la influencia de Erasmo en América constituye uno de los temas más atrayentes en el estudio de la cultura colonial, por lo mismo que los ideales del Roterodanés saturaron toda la vida espiritual española en el momento cenital de su historia" y viene a su memoria el recuerdo de Marcel Bataillon, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.

Este Diego Méndez de quien se ocupa el libro fué una de las figuras más interesantes de la gran epopeya del descubrimiento de América. Compañero de Cristóbal Colón en su cuarto viaje de exploración, sirve lealmente al descubridor, lo aconseja en los momentos difíciles y realiza una de las grandes hazañas de la época: viajar en compañía de otro español Bartolomé Fresco y de unos cuantos indios, en una frágil canoa "desde Jamaica hasta La Española para dar aviso a Ovando de la desesperada situación en que quedaban el almirante y sus hombres; al decir de un historiador una de las más arriesgadas y gloriosas expediciones que jamás hombre alguno ha emprendido".

El nombre de Méndez aparece ligado desde entonces a la vida del almirante y de su hijo don Diego. Ya en Santo Domingo, ya en Sevilla vive intensamente su época. No logra obtener el Alguacilazgo Mayor de la Ciudad de Santo Domingo que le promete el descubridor, promesa refrendada por su hijo. Vive en la brillante corte que se vió en torno de doña María de Toledo, esposa de don Cristóbal, don Diego y Don Bartolomé. Aparece en los documentos de la época como "criado del Almirante, Virrey de Indias" o bien como "Contador del señor Almirante de las Indias".

Particularmente interesante es el testamento que otorga Diego Méndez en la villa de Valladolid, residencia entonces de la Corte, el 6 de junio de 1536. Ante Fernán Pérez, Escribano de Sus Majestades y Notario Público en la corte. Documento humano y palpitante página de la historia de aquellos tiempos. Narra en él sus aventuras y dispone para su enterramiento que sus "albaceas compren una piedra grande, la mejor que hallaren y se ponga sobre mi sepultura y se escriba en derredor de ella estas letras: Aquí yace el honrado caballero Diego Méndez, que sirvió mucho a la corona Real de España en el descubrimiento y conquista de las Indias con el Almirante don Cristóbal Colón, de gloriosa memoria, que las descubrió y después, con naos suyas a su costa falleció etc. Pido de limosna un Pater Noster y un Ave María. Item: En medio de la dicha piedra se haga una canoa que es un madero cavado en que los indios navegaban, porque en otra tal navegó 300 leguas y encima pongan unas letras que digan "canao".

En otra de las cláusulas del testamento lega a sus hijos un buen caudal de libros "que dice tener en Santo Domingo en el arca grande". De la enumeración que de ellos hace el testador saca don José Almoína muy interesantes consecuencias. Estos libros son *El Arte de buen morir* en la edición probablemente de Burgos de 1535; *Un sermón de Erasmo en Romance*, probablemente sugiere el comentador, la traducción aparecida con el nombre de *Exposición y sermón sobre dos salmos* "el uno el *Beatus vir* y el otro *Cum invocarem*"; *La Lingua de Erasmi*, dedicado a la adquisición de cuestiones filológicas; *Los Coloquios* que no podrán faltar en la biblioteca de ningún hombre culto de la época y por último el tratado *Querella Pacis* nacido al calor de los acontecimientos contemporáneos, entre ellos la proyectada entrevista del Emperador Maximiliano, de Carlos V y Francisco I de Francia en la ciudad de Cambrai para mantener la Paz.

El estudio de cada uno de estos tratados da oportunidad a Almoína para desenvolver los grandes conocimientos que sobre la obra de Erasmo atesora.

El capítulo II de la obra que el autor titula "Una revolución espiritual" es para mí particularmente interesante. Lamento sólo que no haya llegado el libro a mis manos antes de la publicación de mi obra reciente sobre las *Herejías y Supersticiones en la Nueva España* porque su lectura me habría dado oportunidad de aclarar ciertos puntos, que en la obra de Almoína están magistralmente tratados, entre ellos, por ejemplo, el que se liga el origen del movimiento de los "iluminados" "dejados" o "recogidos" con la mística y la ascética contemporánea y las infiltraciones luteranas que se dejaban sentir por todas partes.

En fin, el libro de don José Almoína es un interesante estudio sobre la cultura del siglo XVI. Lleno de sugerencias ilumina con nuevos resplandores una época capital para la humanidad y despierta en el curioso un afán de adentrarse en el conocimiento de un mundo que nacía y renacía, al calor de los más audaces impulsos del pensamiento humano.

Julio Jiménez Rueda.

México, D. F.

America is West: An Anthology of Middlewestern Life and Literature.

Edited by JOHN T. FLANAGAN. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1945, vii-677 p., \$3.75.

Anthologies are often as significant for the social history they contain as for the aesthetic quality of the literary selections. This is true of Professor Flanagan's excellently edited book, which exemplifies Frederick Jackson Turner's thesis that the Midwest is the most typically American and somehow the best section of the United States. But the value of the volume does not depend upon the acceptance of these views. For the transition of this large region from a frontier to an agricultural and now even to a large industrial economy is sufficiently reflected in the literature to make this anthology important to an understanding of Middlewestern society.

The difficult problem of organization has been solved with marked success by a combination of topical and chronological treatment, which makes clear both the variety and the development of the culture. Basically the book is divided into sections arranged in an order meant to indicate when the successive features came into prominence. The titles of the sections are: The Great Valley (a definition of the area), Folklore and Legend, The Indian, Explorer and Traveler, The Frontier, The Woods, The Farm, The River, The Small Town, The City, Middlewesterners, and Interpretations (the final two being in the nature of summaries). Within each of these divisions, the material, chosen for its representative quality, is arranged in a sufficiently chronological order to make the lines of development clear. Thus we get, perhaps at some cost, an idea of the striking variety of types of culture extant in the region at any single time.

Among the earlier features of the Midwest, a number of significant facts stand out. In the first place the Indian has been a less important contributor to Middlewestern than to Latin American culture, because he has rarely been numerically important. Conversely, the Midwest became an immigrants' country with a wide mixture

of populations. Another feature of the rural life was the separate farmhouse. For in the West generally, partly because the land grant system made it imperative, the farmer built his homestead on his own farm instead of in a village. This increased isolation and loneliness during the severe winters. Again, as areas were settled, dialects arose to be accurately recorded by local-color realists—with the result that reading is often difficult. The lumberman, moreover, became a significant figure, until the great forests of the Middlewest, especially in Michigan, Wisconsin, and Minnesota, were ruthlessly and wastefully cut, leaving behind only the legend of Paul Bunyan, the Gargantuan lumberjack folk-hero. Finally, a new type of character arose in the Middlewest. The frontier farmer was an idealist; he did not see his Kansas farm as it was, but as he hoped it would be, with a large house and larger barns, as a productive place whose wheat would send his sons and daughters to the state university. He was an idealist, but his ideal was largely material.

Later as industrialization developed, the metropolis grew; Chicago skyscrapers and Detroit automobiles became as characteristic of the Midwest as Iowa corn or Kansas wheat. Along with Frank Lloyd Wright's architecture and the University of Chicago appeared the slum and the political boss as depicted by James T. Farrell.

The book shows the usual defects of its type when it is considered as an anthology of literature rather than of social history. The major authors are necessarily slighted: this is not the place to get to know Mark Twain or Sinclair Lewis. In addition, the weighting of the book toward the twentieth century, though it shows the growth of the literary culture, neglects the earlier periods. Even with the emphasis on the recent period, there is no representation of the new development of modern metaphysical poetry which is produced in this area along with more conventional types.

Still this is an excellent work, displaying clear organization, excellent insight, and sound discrimination. It shows the Middlewest as the pioneer viewed it and as it has become, which is something different from the dreams of the frontiersmen, but which has a culture and a literature more or less its own.

Alexander C. Kern.

The State University of Iowa.

BEALS, CARLETON, BRICKELL, HERSCHEL, OLIVER, BRYCE AND INMAN, SAMUEL GUY: *What the South American Think of Us*. New York, Robert M. McBride and Company, 1945, 400 p., \$3.00.

Amidst all the fanfare in the United States over the Good Neighbor policy and "hemispheric solidarity", plain speaking serves a salutary purpose in restoring perspective. Such a service is skilfully rendered by Messrs. Beals, Brickell, Oliver, and Inman in their symposium on South American attitudes toward the North American republic. The intimate acquaintanceship of the writers with their subject is ample evidence of their competency for such an undertaking.

The picture drawn by the authors is not very complimentary. The official activities of the United States have been met with cynicism and deep-seated suspicion. Mr. Beals actually thinks progress has been made backwards in the efforts to win Latin American confidence and friendship. The motives of the United States have been impugned.

This distrust of the United States is the inevitable consequence of the "aggression" and "economic imperialism" attributable to the northern republic during the days of manifest destiny and dollar diplomacy. The sudden display of neighborliness in South America is viewed by many as an opportunistic policy of self-interest, created by the menace of Nazism. The earlier unwillingness to support machinery for international cooperation both in the New World where the United States maintained a policy of unilateral action and in Europe where she rejected the League of Nations seems a striking inconsistency. Minor misunderstandings during the war have grown out of the leasing of air bases, the question of their future disposition, and the war-time derangement of the South American economy.

The reasons for the shortcomings of the Good Neighbor policy are not novel but they assume new significance today. If the policy of friendship and cooperation between the American republics is to rest on a solid foundation, then more tangible results must be shown for the energies expended by the people of the United States in the promotion of such an objective. Its implementation must be more than a "costly, showy and hit-or-miss propaganda end W. P. A. barrage".

The crux of the problem is the congeries of misconceptions that make mutual understanding difficult. The deferential attitude of the North Americans, the feeling of racial superiority, the disregard of South American susceptibilities, and a lack of appreciation for local social and political aspirations have been major deterrents in the promotion of a closer relationship. Even well-intentioned official agents of the United States stand indicted on these charges.

To this reviewer the most constructive portions of the book are the sections that describe the promotion of a cultural relations program

by the United States in South American countries after 1941. This activity points the way for the future.

What the South American Think of Us is much more than an analysis of such a fleeting subject as public opinion. It presents realistically an account of current economic and political problems that form the backdrop of public discussion. Exceptions may be made to occasional attempts at oversimplification as in the case of the chapter on Brazil, but this in no wise detracts from the effectiveness of the challenge hurled at the people of the United States who must have the will and the desire to understand the South Americans.

Herbert S. Schell.

University of South Dakota.

BISCHOFF, S. J., WILLIAM N.: *The Jesuits in Old Oregon: A Sketch of Jesuit Activity in the Pacific Northwest, 1840-1940*. Introduction by David P. McAstocker, S. J. Caldwell, Idaho, The Caxton Printers, Ltd., 1945, xvii-258 p., \$3.00.

An account of the introduction of Christianity into any part of the New World should be of interest to Americans everywhere. Every educated American knows how significant was the rôle of the Catholic Church in planting European civilization in Spanish America and Brazil, and he knows equally well how successfully the "shock troops" of that church—the Jesuits—labored in various parts of Latin America, particularly in Paraguay. But because the history of Christianity in the New World north of the Rio Grande was for long years largely the history of the transference and growth of Protestantism, he is less likely to know the story of the rise of the Catholic Church in Anglo-America. Consequently, the book under review, which deals with the Jesuits in the Pacific Northwest, is one that should be generally wellcome.

Father Bischoff has written a brief history of the first hundred years of Jesuit activity in the Old Oregon country. That activity began with a tour of exploration from St. Louis by the distinguished Belgian priest, Father Pierre Jean de Smet, in 1840. The next year the first Jesuit mission among the Indians in the Far Northwest—St. Mary's among the Flatheads—was founded in the Bitter Root Valley, in what is now western Montana. From that beginning the Rocky Mountain Mission expanded rapidly, its labors in time touching Wyoming and South Dakota in the east extending as far as Alaska in the north. Its influence, indeed, extended even farther, for the California Mission was

in truth a child of the Rocky Mountain Mission. But its work among the Indians was largely confined to the present states of Washington, Idaho, and Montana. For many years considerable support for the Rocky Mountain Mission came from the Province of Turin, and some of the most distinguished of the priests who served this mission were Italians. It is interesting to note, however, that one of them, Peter Barcelo, was a Mexican.

In the Pacific Northwest, as in other parts of the Americas, the Jesuit Society has had great men. First and foremost in the Rocky Mountain Mission was the founder, Father De Smet, a man whose service to the Jesuit Society in the United States in the nineteenth century might well be compared with that of Anchieta or Nobrega in Brazil in the sixteenth century, or with that of Kino or Salvatierra in New Spain in the seventeenth century. But there were others who distinguished themselves in Old Oregon, both as missionaries and as scholars. Besides numerous editions of De Smet's books, published writings of three pioneer Jesuits—Joseph Giorda, Lawrence Palladino and Joseph M. Cataldo—are listed in Charles W. Smith's *Pacific Northwest Americana*.

Within a hundred years the area of the Rocky Mountain Mission has experienced great changes. The white people have taken possession of the country, and the Indians and the missions among them have dwindled. The work of the Jesuits kept pace with the development of the country. By 1932 the Rocky Mountain Mission had become the Province of Oregon, with educational institutions adequate for the training of its members.

Father Bischoff has written his book principally from the papers in the archives of the Oregon Province of the Society of Jesus, from which rich store he has made his selections judiciously. With unusual skill he has combined scholarship with popular witting. Happily, there are few errors to mar his book. It is to be hoped that are long he will write a comprehensive history of the Catholic Church in the Province of Oregon.

J. Orin Oliphant.

Bucknell University.

BREBNER, JOHN BARTLET: *North Atlantic Triangle, The Interplay of Canada, The United States, and Great Britain*. New Haven, Yale University Press, 1945.

This, the final volume in a series of twenty-five studies treating the relations of Canada and the United States, serves both as the intro-

duction and conclusion to the series. Its author was largely instrumental in starting the project, and the outlook of this present volume has provided the blue-prints for all the rest. The whole project has benefited from the experienced guidance of James T. Shotwell and the generous support of the Carnegie Endowment for International Peace. Probably the relations between countries have never been so fully analysed before, because the scope has gone far beyond the formal dealings of governments to comprehend what the peoples have and do in common, always admitting that each country has problems peculiar to it alone.

The influence of geographic factors upon historical evolution is persistently kept before the reader from the introductory discussion of North American topography, regions, avenues to the interior, climate, and resources to the concluding remarks on hemispheric solidarity. Though these factors remained constant, the political, economic, and social elements did not. From the earliest period of exploitation and settlement, competition set in, and diversities of government, culture, population and colonial policy emerged under one flag. These culminated in the era of division and conflict, 1763-1815.

Thereafter new forces began to dominate the scene. The people of the United States expanded westward rather than into Canada, but actually, whether north or south of the border, this migration recognized no national boundaries and few national differences. Some community of interests marked the development of the North American "Siamese Twins" but conflicts over fisheries, trade, and boundaries steadily complicated the relations not only between the "twins" but also with Great Britain. These conflicts were intensified by the clamor for capital, the rapid growth of the lumbering industry, the canal mania, maritime rivalries, and the activity of individuals as diverse as Lord Selkirk and John Jacob Astor.

The advent of free trade in Britain and its attendant consequences for Canada promised to terminate these rivalries and throw Canada into the American union but latent loyalty to Great Britain or fear of the United States prevented such an eventuality and reciprocity offered temporary relief. Various "incidents" during the Civil War and the truculence of the United States immediately following not only cooled off the Canadian annexationists but actually stimulated the formation of the Dominion. This in turn greatly facilitated the opening of the Canadian west, although in the next thirty years the future of Canada often seemed grim and even hopeless. Then at the close of the century, the tide of immigration began to fill Canada's empty lands and Canada could feel more secure with respect to her own national integrity.

Meanwhile the rise of the United States had compelled a reorienta-

tion of British policy, and the triangle was steadily being worked out on more equal terms. The conclusion of World War I found Canada and the United States swinging toward isolation while Britain in the role of suppliant looked westward for the security she could not find in Europe. The triangle took form and World War II proved its strength. The descent into this maelstrom, however, brought new elements to light. What the future actually may hold, no man knoweth, but at least the North American triangle has had a long enough record to warrant some hope for a peaceful future that may indeed set an example for larger associations. Professor Brebner certainly believes this, and his fine, well documented synthesis sustains his view.

Charles F. Mullett.

University of Missouri.

BURZIO, H. F.: *Historia Numismática de la Armada Argentina*. Buenos Aires, Ministerio de Marina, Servicio de Imprenta de la D. G. A., 1945, 600-XLIII p., con numerosas láminas, 27 cms.

Hace algunos meses, el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, incorporó a la serie de publicaciones que edita, la excelente monografía titulada *La Ceca de la Villa Imperial de Potosí y la Moneda Colonial*, que pertenece al mismo autor de la obra que vamos a reseñar, y que tuvo en el público estudioso una grata repercusión.

La obra que ha motivado estas líneas ha sido distinguida por el Centro Naval de Buenos Aires con el Premio "Almirante Brown", en el bienio 1939 y 1940, y ha sido impresa por el Estado Mayor General de la Armada de la República Argentina.

En la *Introducción*, explica el autor las dificultades que tuvo que vencer para reunir el riquísimo material que ha utilizado en la publicación. Señala la importancia de la numismática como rama auxiliar de la historia y hace destacar cuánto significa el aporte de la misma para el conocimiento del pasado. Se detiene a explicar el significado de la medalla como insignia de honor y distinción y también como pieza de arte. Menciona las colecciones más importante que se conservan en establecimientos públicos de Europa y señala la contribución argentina a la numismática, en su doble calidad científica y artística.

Quienes iniciaron y desarrollaron en la Argentina los estudios numismáticos son recordados con noble simpatía por el señor Burzio, sin asumir el autor posición dogmática al mencionarlos, ni de jactanciosa suficiencia, que no cuadra entre los hombres que cultivan estas clases

de tareas. No ha ocultado las atenciones recibidas por coleccionistas y colegas en la ciencia en la que es ya un maestro respetado.

El material numismático reunido ha sido dividido en seis capítulos que estudian sucesivamente: Premios militares; Escuadra libertadora del Pacífico; Medallas del Ministerio de Marina; Medallas extranjeras de instituciones privadas nacionales y de particulares relativas a la armada; Medallas de los Centros: Naval, Guerreros del Paraguay, Expedicionarios al Desierto del Ejército y Armada, de Militares en retiro del Ejército y Armada y Círculo de Oficiales de Mar; y Medallas conmemorativas.

El autor no se ha concretado a la descripción simple y escueta de la medalla, con la indicación del metal, módulo, peso y grabador, sino que también agrega cuantas noticias de interés pueden servir de ilustración al estudioso sobre el origen y significado de la pieza reproducida y analizada.

Complementa la obra un índice alfabético de personas; otro de nombres de buques, puertos, astilleros, combates, dependencias de la armada, instituciones oficiales y privadas, ciudades y lugares geográficos; listas de museos, talleres de medallas y colecciones privadas y la bibliografía principal que consultó el autor.

Cada medalla descrita se acompaña del fotograbado del anverso y reverso, permitiendo así no sólo identificar la pieza, sino juzgar el valor artístico de la misma.

La obra que hemos comentado es un trabajo de aliento que fija honorablemente la alta jerarquía que el autor ha sabido conquistarse con su aplicación honesta y su decidido empeño por dignificar la numismática y contribuir a su mejor conocimiento. En ella, por primera vez, se la ha estudiado con relación a la marina de guerra de la República Argentina.

Como dice el prologuista, señor Rómulo Zabala, este libro coloca a su autor "entre los primeros estudiosos de la numismática argentina".

José Torre Revello.

Buenos Aires.

CALDERÓN QUIJANO, JOSÉ ANTONIO: *Belice 1663 (?) - 1821. Historia de los Establecimientos Británicos del Río Valis hasta la Independencia de Hispanoamérica*. Prólogo de VICENTE RODRÍGUEZ CASADO. Sevilla, 1944, xix-503 p. (Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Sevilla, V).

El problema que Guatemala ha suscitado sobre la posesión de Belice ha producido últimamente una serie de publicaciones acerca del origen y desenvolvimiento de ese territorio bajo la soberanía británica. La obra

que reseñamos ahora, brinda la notable particularidad de basarse en un material de primera mano, exhumado de los archivos españoles y tratado, al parecer, con propósitos científicos.

El autor promete seguir esos lineamientos en una exposición general y acompañada de esquemas bien presentados. El estudio se desarrolla con técnica irreprochable, pero cuando el A. se enfrenta a las injusticias cometidas, el entusiasmo se le desborda en más de una ocasión y le aparta de los propósitos científicos, tornándose entonces su lenguaje en requisitoria, sin que por esto creamos injustificadas las razones de que brotan los adjetivos. Se lee en las primeras páginas del libro, que no ha de ser "de polémica ni de reivindicación", sino "simplemente, el resultado de un estudio hecho sobre base absolutamente documental"; nos parece por consiguiente, un poco fuera de tono el vivo deseo de hacer justicia que conduce al autor al empleo de calificativos muy expresivos contra la política británica, olvidando que con lo sustantivo de la información documental, riquísima, que presenta, era bastante para llegar a la mente del estudioso.

Claramente reivindica la obra realizada por el gobierno y capitanía general de Yucatán, defendiendo los derechos españoles a recuperar ese territorio sustraído del dominio de Su Majestad Católica; se destaca entre varias expediciones la que llevó a cabo el Mariscal Figueroa en 1733. Para ello se proporciona una copiosísima información documental que por primera vez se publica.

Nos parece que el gobernador de Yucatán, Ursúa, no merece que se le compare con sus sucesores, los hermanos Meneses, agrupándolo con éstos "como típicos ejemplos de gobernantes rapaces, despóticos y regalistas, capaces de llegar a los mayores crímenes y atrocidades para asegurarse la conservación de sus cargos y prebendas", como se afirma en la p. 69.

Tampoco se ajusta a la verdad el informe de que el Visitador Gálvez haya visitado Yucatán en 1766, como se asienta en la p. 188. Quienes visitaron esa provincia en ese año fueron los comisionados enviados por el propio Gálvez, los Contadores Varela y Corres, como puede verse precisamente en la obra que este mismo A. menciona como base bibliográfica.

Considera nefastos los tratados que España firmó en 1763 y 1783, por los que Grimaldi y Floridablanca cedieron en algo a las pretensiones inglesas, y luego califica con los más duros adjetivos los errores del ministro mexicano, Mariscal, cuando renunció en 1893 a los derechos sobre esas tierras, afirmando que no fué más que "un digno continuador de la política de los ministros españoles Grimaldi y Patiño".

A pesar de las requisitorias vibrantes de reivindicación favorables

a México, se hace la siguiente exposición: "esto no quiere decir que nos hayamos de oponer a la actual posición de una República, hermana de doble vínculo, Guatemala, que hoy mantiene una joven y pujante postura sobre Belice y tiene manifiestos derechos sobre importantes porciones del territorio de esta colonia".

Enumera los motivos justos que puede alegar Guatemala:

- 1o. "porque fueron suyos —pertenecían a su Audiencia— todos los bosques comprendidos entre los ríos Sibun y Sarstoon, cuya inclusión silenciosa y contumaz en la colonia, tuvo lugar en el incierto período que precede y sigue inmediatamente a la Independencia";
- 2o. "por ser un acceso justo de sus provincias de la Verapaz y el Petén al mar";
- 3o. "por deducirse así del estado de incumplimiento de la Convención de 1859, constitutivo de una permanente deuda moral y jurídica de la Gran Bretaña con ella".

La riqueza documental de la obra es imponderable. Puede afirmarse que completa la que iniciaron los historiadores yucatecos a fines del siglo pasado, a quienes rinde homenaje como "pléyade de escritores e historiadores, cuyos nombres tantas veces salen a lo largo de este libro, y que constituyeron una airada y valiente respuesta a la indefendible postura de Mariscal, nuevo Grimaldi, poco escrupuloso como éste en traficar y transigir sobre tierras cuya significación y sentido ignoraba en la historia y en los mapas".

Abundan los mapas inéditos, de inmensa utilidad para el investigador y para el cartógrafo, además de otras ilustraciones. En los apéndices se añaden más instrumentos documentales de gran fuerza informativa. Los índices son adecuados a cualquier consulta inmediata.

El libro es, pues, una valiosísima contribución, la mejor que se ha hecho hasta hoy por su copiosa documentación inédita, bien dispuesta y organizada con todo el aparato crítico y comprobatorio que se puede exigir. Seguramente ha de perdurar su utilidad informativa. Descubre el inmenso campo inexplorado de los archivos, especialmente los españoles, en los problemas de América, y, a pesar de los entusiasmos para calificar y censurar que ciertas veces apartan al A. de los lineamientos con que generalmente se conduce, su obra es sin duda la mejor para conocer la cuestión de Belice.

J. Ignacio Rubio Mañé.

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Historia.

CÉSPEDES DEL CASTILLO, GUILLERMO: *La avería en el comercio de Indias*. Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1945, 187 p.

Históricamente, el término avería se ha empleado con muy varias y distintas acepciones en la economía española y colonial hispanoamericana. El autor pasa revista a muchas de ellas y hace notar que algunas, por su carácter regional exclusivamente americano, no pueden ser registradas en la enunciación y análisis de dichas acepciones con que empieza su trabajo. Así tenía que ser forzosamente, pues, junto con matices y diferenciaciones regionales, la denominación, como el mismo Céspedes señala, "fué tomando amplitud... hasta aplicarse a muchas y diversas exacciones que sólo tienen de común el ser repartimientos... y existir —al menos en principio— para beneficio inmediato y exclusivo de quienes las pagan".

Claro es que, ocurriendo así, no podía el autor en su breve obra ocuparse de la avería en tan múltiples sentidos. Reducirla a uno parecía obligado, y también quizá que lo fuese al que en la historia colonial cobró mayor importancia: al de gravamen que recaía "proporcionalmente sobre todos los artículos de tráfico embarcados para América o procedentes de ella, y que se destinaba a sufragar los gastos ocasionados por los buques de escolta y armados que se crearon para proteger dicha navegación contra las agresiones de piratas y corsarios...".

Delimitado de este modo, en las primeras páginas, el objeto de su estudio, pasa luego el autor a examinar la cuestión más ardua de las implícitas en esa especie de la avería: su calificación jurídica. Y tras de reseñar las principales notas jurídicas que suele atribuírsele, se decide por asignarle las que le dan la fisonomía de un seguro marítimo mutuo; aunque acabe por investirla de un carácter especial, "con variantes profundas y típicas", las cuales hacen que "rebase pronto el ámbito del modelo" inspirador (el seguro mutuo) e inducen a admitir que llegó a ocupar el lugar de un impuesto, rectificación conforme con la índole histórica de la institución una vez que franqueó los umbrales de la edad adulta. Lo que inicialmente ofreció pronunciados rasgos de seguro acabó por parecerse más a un gravamen regular sobre los géneros que circulaban entre España e Indias.

Solucionada así la cuestión, examina a continuación minuciosamente el autor los peligros exteriores del comercio indiano y los orígenes históricos de la avería, y se extiende luego en sistemáticas consideraciones sobre el sujeto y porcentajes del gravamen, sobre la administración del fondo allegado, los asientos, la inversión, etc., etc., para concluir con un estudio crítico de la avería y de la política colonial de los Austrias. Cierra la obra un interesante apéndice documental, que comprende: una

relación de las flotas armadas de Indias, a partir de 1521; algunos ejemplos de los porcentajes más frecuentes en el pago de la avería, y un extracto del asiento de avería concluido en 1618.

El interesante trabajo del señor Céspedes, que viene a llenar profunda laguna de la historia económica y mercantil indiana, se ciñe en general a los rigurosos cánones de la investigación histórica moderna: sólida base documental; sistemática ordenación de datos y materiales; generalizaciones y conclusiones atenuadas a los resultados reales alcanzados, etc. Sólo en el capítulo quinto se desentiende el autor de las trabas que aquéllos imponen y se pierde, por ello, en el maremagnum de un vasto y grávido período de la evolución de España, sin posible interpretación histórica —en sentido científico— mientras investigaciones más o menos generales no vengán a iluminar inmensas zonas sumidas hasta hoy en las tinieblas o recatadas por densos mantos de penumbra.

José Miranda.

El Colegio de México,
Centro de Estudios Históricos.

Colección de cédulas reales, dirigidas a la Audiencia de Quito. 1601-1660. Quito, Imprenta Municipal, 1946, vii-726 p., 27 cms.

Es éste el volumen XXI de las publicaciones de aquel Archivo Municipal, habiéndose publicado anteriormente once libros (13 tomos) de cabildo de dicha ciudad, siendo la versión de Jorge A. Garcés G. El alcalde de San Francisco de Quito, doctor J. Jijón y Caamaño, ha puesto el prólogo a esta edición, que consta de seiscientos ejemplares numerados. Advierte el prologuista —investigador de primer orden y dueño de manuscritos y libros raros sobre el Ecuador— que hace más de siglo y medio que se había mandado a Raimundo de Salazar que diese a la estampa el índice de las reales cédulas expedidas desde 1562 hasta 1780, lo que prueba que era necesario contar con un cedulaario para uso de la Real Audiencia de Quito. El volumen primero de éste, que abarca de 1538 a 1600, corresponde al número VI de las publicaciones del Archivo Municipal quiteño, y según el doctor Jijón y Caamaño habrá que extenderse hasta 1822, debiendo completarse la obra “con la edición del Cedulaario de la Presidencia, el del Obispado y los de los Cabildos Civil y Eclesiástico, por lo menos en la parte que aún se conserve, pues bien sabido es que el del Obispado, pereció en el incendio provocado por la soldadesca del General Dn. Eloy Alfaro, cuando destruyó la imprenta del Clero. Editados todos estos documentos, entonces sí se conocerá en plenitud la legislación española de la Real Audiencia de Quito”. Aparecen en esta

compilación numerosos autos, instrucciones, comunicaciones, títulos, cédulas, prohibiciones, sentencias, testimonios, etc., etc., que no sólo se refieren a dicha Audiencia, sino también a Popayán, Guatemala, Lima, Callao, Panamá, Portobelo, México y otras ciudades de América. Esto basta para recalcar la importancia que este volumen tiene para quienes estudian la historia jurídica de este hemisferio y pueden, con la revisión de esos documentos, comparar el espíritu que animó a los juristas del régimen español con el cumplimiento de las leyes y con la confusión que produjo el número de éstas, lo que explica la necesidad de que se formaran cedularios como el famoso del oidor Vasco de Puga, y la *Recopilación de las Leyes de Indias*, mandada publicar por Carlos II.

Rafael Heliodoro Valle.

México, D. F.

Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos. I.—Camargo, 1539; Rodríguez Cabrillo, 1542; Pedro de Valdivia, 1552; Antonio de Vea, 1675; Iriarte, 1675; Quiroga, 1745. Textos revisados y confrontados por el capitán Luis Cabreira Blanco. Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1943, 188 p., 8 mapas, 24.5 cms.

El objeto de esta colección, como se advierte en el prólogo, es publicar todos los diarios y relaciones de viajes que efectuaron los españoles y que contribuyeron a ensanchar el conocimiento de la geografía. Se trata de dar a la imprenta las relaciones conocidas y las inéditas a fin de formar una obra completa de este género.

Se inicia la publicación con las relaciones del viaje emprendido al Estrecho de Magallanes en 1539, patrocinado por Gutierre de Vargas, obispo de Plasencia. El objeto de esta expedición era abrir una ruta al Perú, menos incómoda que la existente por el Istmo de Panamá; iba dirigida por Alonso de Camargo. La exploración no fué muy afortunada y la flota se dividió en dos, debido a un temporal, por lo cual existen dos relaciones de este viaje.

El segundo relato corresponde a la expedición efectuada por Juan Rodríguez Cábriillo, quien fué comisionado en 1542 por el virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza, para que continuara los descubrimientos que se habían iniciado en la región de California. La exploración duró cerca de un año y fué bastante accidentada, habiendo perecido en ella el capitán; pero se logró, a pesar de todo, descubrir varios lugares bajo la vigilancia del propio Cábriillo y después de Bartolomé Farrelo, quien quedó al frente de la expedición.

El viaje de Pedro de Valdivia, realizado en 1552 en territorio chileno, es otra de las narraciones comprendidas en esta serie; más que un diario de viaje es la relación de lo que ya se había hecho con respecto a la fundación y colonización de las distintas ciudades que estableció ese conquistador, así como los métodos que usó para pacificar el lugar y las peripecias que tuvo que sufrir. La relación no está escrita por él, sino por un grupo de gentes adictas a su persona, que suplican se le conceda —al entonces ya gobernador de Chile— permiso para descubrir una ruta por el Estrecho de Magallanes.

Las noticias que llegaron al virrey del Perú, Baltasar de Cueva, de la presencia de piratas ingleses en el sur de Chile y en el Estrecho de Magallanes originaron el viaje de Antonio de Vea, cuyo diario ocupa el 40. lugar en este tomo. La expedición salió en 1675 del Callao; se relatan todas las peripecias de la exploración, una de las cuales fué el haber encallado el navío en Chacao, de donde salió con muchas averías. Debido a esto, Vea da orden a Pascual de Iriarte de quedarse en este sitio hasta que esté listo el navío en que emprenderá el viaje al Estrecho de Magallanes, después del cual se reuniría con él en Chacao para regresar juntos al Perú. La separación forzosa de esta expedición dió origen a las dos relaciones que se publican, una de Vea y la otra de Iriarte. Las vicisitudes y descubrimientos que realizaron ambos, cuyas metas eran, para Vea la Isla de San Esteban, y para Iriarte la de los Evangelios, marcan el fin de esta exploración, que no logró encontrar rastros de extranjeros en ninguno de los lugares observados, resultado natural de la mentira urdida por un aborigen.

El diario del viaje emprendido por el jesuita José Quiroga a la Patagonia es el último de los relatos de este primer volumen. Se inicia el 5 de diciembre de 1745, habiendo salido del río de la Plata por orden del gobernador Dn. José Antoanegui. Relata las peripecias del viaje, pero principalmente cita todos los accidentes geográficos y etnográficos, dando razón del clima, suelo, flora, fauna, etc., de todos los lugares recorridos. Hace la descripción de los puertos Deseado, de Santa Cruz y San Julián y de las bahías de Camarones y San Gregorio, así como de la costa de los Patagones.

La publicación de esta colección constituye un buen medio para dar a conocer el esfuerzo que desplegó España para darse cuenta de la extensión de sus dominios.

Susana Uribe.

El Colegio de México,
Centro de Estudios Históricos.

Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos, II. Pedro de Valdivia 1540-50, Menéndez de Avilés 1565-6, Flores Valdés y Alonso de Sotomayor 1581-3, Bodega y Quadra, 1775. Textos revisados y confrontados por el capitán Luis Cabreira Blanco. Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1943, 133 p., 5 mapas, 24.5 cms.

La carta dirigida al emperador por Pedro de Valdivia dándole cuenta de su actuación en tierras de Chile, ocupa el primer lugar de este número. Empieza por relatar a grandes rasgos su estancia en tierras de América desde 1535 en que tomó parte en el descubrimiento y conquista de Venezuela. Da cuenta de los encuentros que tuvo con los naturales de Chile, así como todo lo hecho para colonizar y poblar la tierra. Al narrar varios hechos que le atañen directamente, hace referencia a otros ocurridos en Perú y que tan honda repercusión tuvieron en aquella época entre los pobladores de Indias. Narra el descubrimiento de nuevas tierras que encarece como más ricas y pobladas que las de Nueva España, así como la bravura de los araucanos y al final aprovecha la oportunidad para solicitar del rey, la gobernación perpetua de la tierra descubierta y el derecho de heredarla a sus descendientes por dos vidas, así como otras mercedes relacionadas con la administración de la tierra.

Las cartas escritas al rey por Pedro Menéndez de Avilés, del 30 de agosto de 1565 al 30 de enero de 1566, ocupan la segunda parte de este volumen. La presencia de protestantes franceses en La Florida, obligó al católico Felipe II a mandar a dicho adelantado al referido lugar, que desde que había sido descubierto por Juan Ponce de León en 1512 había recibido la visita de varios exploradores españoles sin que ninguno se estableciera definitivamente; circunstancia aprovechada por varios extranjeros para establecerse tranquilamente y dedicarse más tarde a hostilizar las naves españolas.

Estas cartas narran los asuntos más importantes desde su accidentada salida del territorio español, como su paso por Puerto Rico en donde trata de incorporar a su servicio al descubridor de La Florida, quien se encontraba como alcaide de la fortaleza en dicha isla. Narra su arribo a la península y el asalto al fuerte defendido por franceses que fueron derrotados completamente y al mismo tiempo nos demuestra el desconocimiento que se tenía en aquella época de la tierra conquistada, ya que nos relata la llegada de fray Andrés de Urdaneta, procedente de la China, con la cual creían que se unía Florida por medio de un estrecho.

La relación del accidentadísimo viaje realizado por Diego Flores Valdés en 1581 que tenía como meta el Estrecho de Magallanes, ocupa el tercer lugar en esta serie. Lo calamitoso de la expedición, así como

las discordias surgidas entre los dirigentes de ella, fueron factores fundamentales para hacer que este viaje resultara un fracaso en todos sentidos, ya que de los 23 navíos que salieron, sólo 8 llegaron al Río de la Plata por haberse perdido los restantes, a causa de los diversos temporales que sufrieron.

La primera expedición realizada en tierras de América, por el teniente Juan Francisco de la Bodega y Quadra, es el último relato de este volumen. Dicha expedición tenía por objeto descubrir las tierras existentes al norte de California y fué ordenada por el virrey de la Nueva España, Don Antonio María de Bucareli. La expedición, azarosa por los escasos elementos con que contaban, salió del puerto de San Blas el 16 de marzo de 1775 y tuvo que soportar muchos contratiempos; pero vencidos éstos por la firme voluntad de su jefe, en este viaje, uno de los más notables, se llega a explorar tierras que forman parte de la actual Alaska, como son algunas de las islas del Príncipe de Gales. Los ataques de los indios, enfermedades inherentes a los hombres de mar, temporales, etc. no impidieron que esta expedición se realizara sin regresar a Monterrey, como era el deseo de muchos, sino hasta haber llegado cerca del paralelo 60.

Susana Uribe.

El Colegio de México,
Centro de Estudios Históricos.

CÓRDOBA, FRAY PEDRO DE: *Doctrina Cristiana, para instrucción y formación de los indios, por manera de historia*. Universidad de Ciudad Trujillo, Santo Domingo, 1945, xxi-123 p., 24 cms. (Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, Vol. XXXVIII).

Con acuerdo digno del más caluroso elogio, la Universidad de Santo Domingo determinó reimprimir, en edición facsimilar, esta primitiva *Doctrina Cristiana* de fray Pedro de Córdoba, Vice Provincial de los Dominicos en la Isla Española, "con motivo del Cuarto Centenario de su impresión en México, en 1544, y a la vez como homenaje a su insigne autor, uno de los gloriosos fundadores del convento de Dominicos de la Isla Española", como nos dice el Rector de aquella Universidad, don Julio Ortega Frier en sus brevísimas palabras preliminares. El volumen contiene un "Prefacio" de E. Rodríguez Demorizi (pp. IX-XXI); la reproducción facsimilar de la ya citada *Doctrina Cristiana*, "impresa en la grande y más leal ciudad de México, en casa de Juan Cromberger, que sancta gloria aya", en el año de 1544 (pp. 1-61); la transcripción del texto de la misma *Doctrina*, con ortografía modernizada por los profe-

sores Vicente Llorens Castillo y Javier Malagón Barceló (pp. 63-122), y el Índice (p. 123).

Para la reimpresión de esta rarísima obra se utilizó el ejemplar de la misma que se conserva en la "John Carter Brown Library", de Providence, Rhode Island, en los Estados Unidos.

El "Prefacio" del señor Rodríguez Demorizi es demasiado breve, y limitase a darnos los principales datos biográficos de fray Pedro de Córdoba y algunas noticias bibliográficas acerca de la primera edición de esta obra, sin añadir nada a lo ya dicho por nuestro García Icazbalceta y por don José Toribio Medina.

De particular interés me parece la observación de nuestro colega Ernesto de la Torre Villar, (observación que cita y aprovecha el autor de este "Prefacio", p. XIX, nota 22), rectificando la confusión padecida por don Román Zulaica Gárate al atribuir—en su obra *Los Franciscanos y la imprenta en México en el siglo XVI*, México, 1939—el *Vocabulario Zapoteco* de fray Juan de Córdoba a su casi homónimo fray Pedro de Córdoba.

Como aparece por la portada misma, la *Doctrina* no es obra exclusiva de fray Pedro de Córdoba, sino también de "otros religiosos doctos de la misma Orden" dominicana. Por otra parte, el colofón nos advierte que la sobredicha *Doctrina* "va más declarada y en algunas cosas añadida por los muy reverendos padres el Obispo de México y fray Domingo de Betanzos..." (p. 61). ¿Será posible rastrear, siquiera conjeturalmente, cuáles son tales añadiduras hechas por Zumárraga y Betanzos? Ya García Icazbalceta se había planteado el problema y lo había resuelto en estos términos: "sin tener a la vista la *Doctrina* original del P. Córdoba, es imposible saber qué cambiaron y añadieron en esta edición nuestro Obispo y el P. Betanzos; y ni aun del cotejo de ambos textos resultaría la parte que el primero (Zumárraga) tuvo en el trabajo". Sin embargo, el mismo García Icazbalceta señalaba una posible pista, agregando: "Puede notarse, desde luego, que habiendo sido escrita la obra por misioneros de las Islas, quienes hablaban a otros pueblos, es de los correctores cuanto hace referencia a las idolatrías y sacrificios de los mexicanos". (*ibic.*, pp. XVIII-XIX).

Procuremos señalar concretamente tales pasajes: 1) en la exposición del "primer artículo de la Fe", después de hablar de la unidad, inmortalidad, hermosura, sabiduría, bondad y grandeza del Dios verdadero, leemos este párrafo que claramente se refiere a los indios mexicanos: "Y por esto conoceréis el engaño en que habéis estado, creyendo que *Uchilobos* (sic) o *Tezcatēpuca* (sic) y los otros a quien teníades por dioses eran dioses...; porque no hay en todo el mundo y en el cielo y en la tierra y en la mar más de un solo Dios..." (p. 8); 2) De manera

semejante, al hablar de los ángeles y de su división en buenos y malos, leemos: "Estos ángeles malos que son los demonios, son los que os han engañado y os han hecho entender que eran dioses, y hacían que los adorásedes y les hiciéssedes los Cúes y *Teucales* (sic) y templos. . ." (p. 20). Y poco más abajo: "Y por esto habéis de mirar y saber que todos estos que vosotros adorábades y teníades por dioses, todos son demonios que os engañaban. Y por esto a *Vicilobos* (sic) y a *Tezcatēpuca* (sic) y *Queçalcoatl* (sic), y todos los otros que teníades por dioses, los habéis de aborrecer y querer mal. . ." (*ibid.*). Y allí mismo, se exhorta a los indios a "derrocar todos los *Theucales* (sic) y quemallos" (p. 20, línea última).

Hay también otros pasajes que, aunque no tan claramente, parecen aludir también a los ritos aztecas, como cuando se inculca a los indios que no deben hacer caso a sus falsos dioses que les "mandaban matar a vuestros hijos y a vuestros esclavos y a otras personas, y os mandaban derramar vuestra sangre" (pp. 7-8), y "os mandaban cortar las lenguas y los brazos y romper vuestras carnes" (p. 20), etc.

Desde un punto de vista cultural, quiero hacer notar que esta primitiva *Doctrina*, que no es obra individual—como ya vimos—, sino en cierto modo colectiva, pues en ella colaboraron con fray Pedro de Córdoba y sus compañeros de las Islas el franciscano Zumárraga y el otro dominico Betanzos, presenta ciertas características que no por ser más o menos comunes a las obras de la época, dejan de ser interesantes y dignas de nuestra atención. En primer lugar, pláceme señalar la insistencia categórica con que nuestros primitivos evangelizadores, ante los miserables indios despreciados y esclavizados, enseñan la unidad de origen y la esencial igualdad de todos los hombres: "para que sepáis para qué os hizo Dios *a vosotros, como a nosotros*" (p. 4); "por ende habéis de saber que Dios hizo *a vosotros, y también a nosotros*, y a todos cuantos hay en este mundo, para que lo conozcamos, y conociéndole le amemos. . ." (p. 5); "De estas dos personas Adán y Eva que habéis oído, descienden todas las gentes del mundo: y *vosotros y nosotros todos* descendemos de un padre y de una madre. . ." (p. 13). Y al explicar la formación de la mujer, de acuerdo con la narración del Génesis, afirman: "Y por esto no formó Dios a la mujer de la cabeza de Adán, porque sepa que no ha de ser mayor que su marido; ni tampoco la sacó del pie, para que sepa su marido que la mujer no es menor que él; mas sacóla de medio del costado, para que conozcan ambos *que son iguales* y han de tener mucha paz entre sí". (p. 57).

También es curioso advertir que en esta *Doctrina* se da ya como cosa plenamente admitida la redondez de la tierra: "la mar y la tierra

hacen un cuerpo redondo a manera de batey o bola" (p. 59); pero todavía siguen en vigor el sistema geocéntrico y las doctrinas cosmográficas aristotélicas sobre la "incorruptibilidad" de los cuerpos celestes (p. 10), los cuatro elementos, los cielos "redondos y huecos" y movidos por los ángeles, dentro de los cuales giran las sucesivas esferas del fuego, del aire, del agua y de la tierra (pp. 57-60).

Más extrañeza me ha causado hallar en esta *Doctrina* la enseñanza —teológicamente falsa o a lo menos infundada— de que, así como cada hombre tiene enviado por Dios, un "ángel guardián" que lo protege del mal y lo induce al bien, así también "cuando nace alguna criatura luego este príncipe Lucifer manda a otro demonio que ande siempre con aquella criatura, y le haga apartar la voluntad de servir y amar a Dios, y le haga pecar..." (p. 19). ¿De dónde habrá sacado el P. Córdoba, o sus compañeros, tan peregrina enseñanza?

"El estilo de la obra es conciso, suave y afectuoso", decía Icazbalceta. Y en verdad, hay en ella párrafos muy bellos, como aquel que pondera la hermosura de Dios en estos términos: "Espiritual, no tiene cuerpo. Es muy hermoso: en tanto que no hay hermosura en todo el mundo que se pueda comparar a la hermosura de Dios; porque es más hermoso que el sol y la luna y las estrellas, y más que todas las flores y rosas del mundo; mas antes os digo que si todas las hermosuras del cielo y de la tierra se juntasen en una cosa hermosa en quien estuviesen todas las hermosuras del mundo, esta cosa hermosa sería muy fea comparada a la hermosura de Dios. Por ende habéis de saber que de la gran hermosura de Dios proceden todas las cosas hermosas; porque El da la hermosura y claridad al sol y a la luna y a las estrellas y rosas y flores, yerbas y árboles. E finalmente, siendo El hermoso y resplandeciente, da resplandor y hermosura a todas las cosas". (pp. 6-7).

Réstame sólo advertir, para cerrar esta nota, que todas las citas anteriores las he tomado del texto facsimilar, modernizando yo mismo la ortografía, porque la transcripción que se nos da en esta edición adolece, por desgracia, de numerosas erratas.

Gabriel Méndez Plancarte.

Seminario de Cultura Mexicana,
México, D. F.

CHUMBLEY, GEORGE LEWIS: *Colonial Justice in Virginia, The Development of a Judicial System, Typical Laws and Cases of the Period.* Richmond, The Dietz Press, 1938.

This volume traces the evolution of the actual machinery of law enforcement and legal concepts and integrates both in a very modest

way with the social history of the colony. English precedent bulked large in the establishment and development of colonial judicature but from the first the local environment called for improvisation and unique applications. To offset chaos in this regard increasing attention was early paid to regularity in court procedure and judicial agencies so that the new courts necessitated by expansion would not depart too far from accepted practice. At first the president or governor and council filled the judicial needs and little or no differentiation marked legislative and juridical functions, but soon came separation of departments and new types of courts as well as multiplication of older courts.

Such a development expressed itself in laws regulating jurisdiction, the length and frequency of terms, and procedure. The general courts had final jurisdiction in civil cases except where the sum involved exceeded £300, in which instance appeal to the king in council was possible though at prohibitive cost. In criminal cases final jurisdiction on the part of these courts was qualified by the governor's pardoning power. Rules concerning juries and the qualifications for jurors were long indeterminate. Among the courts added from time to time were Vice-Admiralty, orphans, claims, oyer and terminer, piepowder, county, and the hustings at Williamsburg. These latter, self-perpetuating and non-political, met monthly and administered a high standard of justice in such civil problems as the relations of master and servant, militia duty, the recovery of small debts, and ordinaries, their jurisdiction expanding as necessity demanded.

The integration of the course of colonial law with the stream of the colony's development is variously revealed. As the years went by the English shadow grew shorter, and more and more local circumstances determined cases. In the matter of debts a different situation existed in Virginia from that in England, partly because the planters were often in debt to English merchants; the laws then tended to favor the debtor. On the other hand, class distinctions were reflected both in the framing and application of laws. The indenture system and slavery called new legal definitions into being although the latter did not receive legislative recognition until forty years after its beginnings. Because of the plentitude of bastardy and gambling considerable legislation related to them. Punishment of all crimes tended to be harsh, largely through fear of servant or slave insurrections which first received attention in the 1680's, yet the death penalty operated only in a relatively few crimes. The stocks and pillory, branding and banishment were of course common penalties; and the practice of putting people under bond expanded steadily. All in all the Virginia legal and judicial system showed genuine

vitality and both constantly and readily adapted itself to the needs of the occasion.

Charles F. Mullett.

University of Missouri.

EARHART, MARY: *Frances Willard*. Chicago, University of Chicago Press, 1944, x-418 p., \$3.75.

When Anna Gordon, for twenty years secretary, companion, and worshipful Boswell to Frances Willard committed many a basket of letters and documents to the flames, she performed a violence upon history, and vastly increased the difficulties of future biographers of her heroine, notably of Mary Earhart, member of the Department of Political Science of Northwestern University. The purpose, Miss Earhart charges, was to accentuate what the secretary judged to be the highlights of orthodoxy and suppress the shadows of heresy in the career of her adored one; to perpetuate a mystical portrait, and prepare for the elevation of a saint. Perhaps, because of a very excusable indignation at Anna Gordon's "intellectual perjury", Miss Earhart is inclined to insist too much on a labored purpose on the part of the worshipers to create a legend of "St. Frances". As most readers come to the end of the author's realistic inquiry they probably will be ready to reward Miss Willard's intense devotion and accomplishment in woman's cause with a vote for canonization. Also, it will be noted, Frances herself, at least so she said, preferred sainthood to politics.

Standing one drab, wet day with her brother and sister in the barn doorway of their Wisconsin farm home, the child Frances cried: "I wonder if we shall ever know anything, see anybody, or go anywhere!" The mood was not prophetic, though it may have been provocative, of the future, for the despairing child was to become one of the most dynamic and perhaps the most effective of woman crusaders of nineteenth century America. She had capacity for importance. Her incursion into the field of professional education might have made her the equal of Mary Lyon or Emma Willard, but after a heartbreaking experience at Northwestern she stepped upon the public stage to fight for the freedom of women. Her passion in this cause stemmed from her childhood's revolt against her father's narrow views on religion and the social sphere of her sex; her reading of John Stuart Mill's essay on "The Subjection of Women"; the broadening effect of her visit to Europe in 1868; her humiliating experience in female pedagogy; her worship of Margaret Fuller and Anna Dickinson, and her sensitive perception of the stirring currents of the age.

The time was ripe for the employment of her bounding energy and organizing genius. The mid-century revolt at Seneca Falls with its flamboyant declaration of independence had fizzled and all but died. But the Civil War had aroused women as well as men. Beyond suffering and mourning they had found social importance in new forms of action, and as the flood of war subsided, many were unwilling to return to their former passivity. Coincident with the rise of the Chautauqua Movement in the mid-seventies came the organization of the Woman's Christian Temperance Union, and soon thousands of women were flocking to its standard. With great passion they embraced the cause. Bands of women, in saloons, on sidewalks, prayed for the reform of drunkards and tipplers. Nothing less than a multitude of sane and respectable females "rose up as one person in Puritan wrath".

In this crusading upsurge Frances Willard found her great opportunity. During the early seventies she had become a member of Sorosis, the Association for the Advancement of Women, the American Suffrage Association, and the Alpha Phi Sorority. Elected corresponding secretary of the W.C.T.U., she was made the organization's president in 1878, and until her death in 1898, no competitor was able to remove her from this office. But the fight for temperance was merely one plank in Frances Willard's platform for woman's liberation. Quickly introduced was her demand for suffrage. Here came the first serious contest of wills and trial of strength among aspiring leaders. Frances was determined that the Union should be more than "a praying society of the cause of temperance". She would make it a great agent for the total cause of her sex, and commit it to a policy of "Do Everything". The sweep of her progressive program was breathtaking. With her directing genius, personal charm, compelling oratory, and untiring industry she encouraged the creation within the Order of departments dealing with most of the great social issues of the day: white slavery, health and hygiene, affairs of mothers, kitchen-garten, kindergarten, arbitration and peace, welfare work among immigrants, Negroes, soldiers and sailors, lumbermen, prisoners. Agitation was kept up until virtually all the states had provided matrons in their prisons, and until the study of temperance became compulsory in the public schools.

To church, ministerial, missionary, labor, medical, teachers' and all comparable conventions and associations, delegates were dispatched to seek endorsement of the work of the Union. Under the Willard leadership its membership was raised from a few thousand to over 200,000 in 10,000 local units. The W.C.T.U. became the most vigorous and

publicized woman's organization of the century. It even achieved an international character with a following of two millions.

Such dynamic leadership and so versatile a program could not fail to incite opposition, envy, and bitterness. Rival leaders made frantic efforts to hew to the single line of temperance, and avoid entanglement with suffrage, party politics, and "Do Everything" romanticism, but in the years of her rule, Frances Willard had but to loose her oratory and charm, and employ her inspired parliamentarianism, at the annual conventions to hold the masses of devoted delegates at her side. Her increasing liberalism deepened the fury of the opposition. Drawn commonly from Republican and Democratic backgrounds, conservative sisters objected to being committed to the politics of the Prohibition Party, and they fiercely resented their president's passion for populism, socialism, mysticism, occultism and the labor movement. There was an astonishing amount of harsh feeling and quarreling in the annual conventions, but the "uncrowned queen" beat it down while she lived. Hardly had the breath left her body, however, before malevolence had its way, and the W.C.T.U. entered the twentieth century as a temperance society again.

But the work of Frances Willard could not be undone. She had called to women everywhere and they had answered. Frail of body always, oppressed by private griefs, she traveled, preached, and lectured throughout the country and in foreign lands, harassed always by financial needs, toiling endlessly to organize and build. She helped the women of the West to become articulate, and her progresses through the South—winning acceptance from North Carolina to Texas—must be reckoned an important factor in sectional reconciliation. The task of Frances Willard was to rouse women to a sense of their "equality within the church; she made them conscious that labor issues existed and what the eight-hour law meant; she gave them a vista and a sweep of life that they never before knew existed. She united womanhood for the benefit of women not only in America but around the world". When she left the stage the pioneering work was done. Her passing marked the end of an age.

This graphic picture rises from the pages of Mary Earhart's *Frances Willard*. In her first published book the author has shown herself to be a master workman. She has well and richly employed her industry and skill to produce a valuable study, and make an important contribution to the interpretative literature of feminist crusading. The treatment is objective, yet alive, and warm, and sympathetic. The writer has both modesty and confidence, and the result is pleasing and instructive. She

should carry on her searching to enlighten us further on the work of her valiant sisters fighting in the good cause of freedom.

Harrison John Thornton.

State University of Iowa.

EDUCATION AND SOCIETY. Members of the Faculties of the University of California. Berkeley and Los Angeles, Cal. University of California Press, 1944, viii-196 p.

In undertaking to "bring together the results of their studies of the educational system of the commonwealth", the Education faculties of the University of California have compressed in thirteen essays their synopsis of the solid record of achievement of public education in their state. These essays testify to the deliberate effort that state has made to provide a system of public education that actually is an effective instrument in caring for the needs of children in society. The volume is replete with evidence of an ingenuity and inventiveness in public education of California all too lacking in many others states.

There is, for example, particular significance in the extent to which California has utilized community resources and educational and scientific knowledge to enable children in the elementary schools to get both a "mastery of the three R's and the promotion of vital living experience"; to develop a concept of the secondary school as a community institution of service to "all youth and not alone to a selected group"; to establish Junior colleges, which have had their most extensive development in California. Other essays are concerned with specialized aspects of the state system: the use that is made of scientific techniques in education, provision for the education of the gifted and the handicapped child, education for work, and the administrative practices and financial foundations on which public education in California has rested. The net effect of the volume is the impression that California has been attempting to do systematically and in reality much of what critics of education are now saying that public education ought to do.

The sense of incompleteness one has on reading the book is due not only to inherent limitations in any collection of essays by different authors. There is lacking in the volume the specific sense of unified direction. The very focus which is so elusive to the twentieth century mind is at best but dimly offered in this volume. The late Carl Becker, in his last penetrating critique of democracy, *Freedom and Responsibility in the American Way of Life*, urged that freedom of learning and teaching be justified, "if at all, not by reference to its

antecedents, but only by reference to its consequences". The pervasive demand abroad today for an atmosphere of reasonableness makes it essential that public education focus upon human intelligence by giving heed to, in Becker's words, "the foundation of intelligence . . . knowledge, knowledge of what is true".

Admittedly attention to the needs of youth, vocational, avocational, physical, and social is critical to the process of refining the intelligence of youth. Yet such concerns derive their validity only when they are conceived as elements, i.e. instruments of enlightenment. Without that specific dedication to the strengthening of human intelligence, no system of public education will get at the roots of ignorance, prejudice, and superstition.

In his introductory essay, Professor Moore testifies to the value of philosophical studies in education. Doubtless other volumes in this anniversary series will address themselves to the core of meaning which must be at the heart of public education in the United States. It is a task of great magnitude, well worth the attention of the University, and it alone can point the way to the fulfillment of the promise indicated in *Education and Society*.

Richard Boyd Ballou.

Smith College, Northampton, Mass.

ENGEL-JANOSI, FREDERICK: *The Growth of German Historicism*. Baltimore, John Hopkins Press, 1944, 101 p., \$1.25. (University Studies in History and Political Science, series LXII, No. 2).

This little volume is not a history of history, but rather of the philosophical assumptions that have affected the presentation of historical materials. Professor Engel-Janosi has selected Herder, Humboldt, Goethe, Niebuhr, the Romantic School, Hegel, Ranke, Marx, Schopenhauer and Burckhardt as historians or philosophers whose writings best illustrate the development of German historical thinking. In a short essay on each of them, he tests their historical thought by examining them on their treatment of the problems of development, success, and individuality.

Two men who were not historians at all emerge from his treatment as extremely important figures in development of *Historismus*: Goethe for whom history was the "lumber room of the past", and Schopenhauer, who believed that "all times the same was, is, and will be". Goethe, because of his morphological studies and his botanical conception of growth underlined the development of the idea of realization and

fruition, and Schopenhauer because of his insistence upon the significance of periods rather than the ever changing flow of development gave Burckhardt inspiration for his analysis of the three great periods that he undertook to describe. The essays on Burckhardt and Schopenhauer are the most original part of this book.

It is always interesting to ask an historian what is the subject matter of history—a question implicit in Professor Engel-Janosi's discussion. The growth from Herder's idea of history as the study of the folk soul to Ranke's more elastic conception of universal history, is a story thrilling to anyone interested in the preconceptions of the historian's art. And the evolution of that idea from Ranke's time to our own, presents problems that no contemporary historian can ignore. The reviewer cannot but regret that Professor Engel-Janosi stopped with Burckhardt; it would be interesting to see what he would do with the German historians of the Twentieth Century.

No one could put these essays aside without having gained a greater insight into the problem of history, or, at the same time, without a desire to probe more deeply into the problem. Ever since the publications of Troeltsch's, *Der Historismus und seine Probleme* (1922) and Meinecke's, *Entstehung des Historismus* (1936), it has been obviously desirable to have a comparable work in English. This thin volume does not pretend to supplant either of these works, but it does present the conception of *Historismus* and offers a model for further study. In an appended chronological table, Professor Engel-Janosi lists the important historical work done in England, the U.S.A., France, and Italy as well as Germany. It is to be hoped that he will give us future studies on a comparable basis to the one under consideration.

John B. Wolf.

University of Minnesota.

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, JOSÉ JOAQUÍN: *D. Catrín de la Fachenda y fragmentos de otras obras*. Introducción, selección y notas de Jefferson Rea Spell. México, Editorial Cultura, 1944, 287 p., 23.5 cms.

En este volumen, el Instituto Internacional de Literatura Ibero Americana presenta alguna de las mejores páginas de José Joaquín Fernández de Lizardi, uno de los primeros folletistas, excelente escritor de costumbres y el más famoso novelista entre los picarescos de la América Hispana.

De sus novelas la más conocida es "El periquillo Sarniento", menos

"La Quijotita y su Prima", y casi desconocida, ésta que ahora reseñamos.

Fernández de Lizardi nació en la ciudad de México en diciembre de 1776, de padres criollos de posición acomodada. Estudió primero en Tepotzotlán, en esta época Casa de Corrección de clérigos. Pasó después a S. Ildefonso. "Su esfera de observación, dice el prologuista, se limitó a la capital y sus alrededores; su vida doméstica fué la típica del criollo pobre (ya que sus recursos habían disminuído) que lucha entre las exigencias de su posición social y lo limitado de su hacienda".

El ambiente de la época, ambiente de revoluciones tanto política como ideológica, influyó en él. En varias ocasiones fué acusado de tener ideas liberales, y la verdad de esta acusación resalta en los folletos que publicó entre 1808 y 1811. Estos eran poesías satíricas, discusiones sobre asuntos públicos, etc. Alentado por la libertad de prensa que dió la Constitución española de 1812, comenzó a editar un pequeño periódico: "El Pensador Mexicano". La libertad con que se expresó le valió una prisión de seis meses, pero siguió escribiendo en el mismo tono. Cuando se restringe la libertad de imprenta, se dedica a escribir novelas picarescas: en 1816 escribe "El Periquillo Sarniento", en 1819, "La Quijotita", y al año siguiente "Don Catrín de la Fachenda".

La primera es una novela picaresca que pinta, en forma realista, la vida del criollo mexicano. Hay episodios que parecen ser autobiográficos. Los tipos, especialmente el Periquillo, están bien pintados, la vida de México, a finales de la colonia, perfectamente descrita. El interés que la narración produce por medio de una serie de divertidos incidentes, es interrumpido con frecuencia por largos pasajes moralizadores sobre una gran variedad de asuntos, ya que el fondo de Lizardi es el de un moralista.

Don Catrín tiene algunas diferencias con el anterior, siempre va de mal en peor, y si el Periquillo acaba por corregirse y llevar una vida honrada, este currutaco, en cambio, muere en un hospital en forma desastrada.

En la Quijotita, Lizardi contrapone la suerte de dos muchachas, primas, una de ellas ha recibido una buena educación, la otra, en cambio, siempre ha sido mimada y consentida. El asunto es interesante, la trama bien llevada, es lástima que quede interrumpida por largos y enfadosos discursos.

Fernández de Lizardi dió a la literatura mexicana lo que ningún otro escritor había hecho, a saber: cuadros literarios de la vida mexicana. Todos sus tipos son criollos mexicanos, la vida que él reproduce es la del México colonial, y en estas tres novelas se hallan los mejores cuadros de costumbres de las gentes entre las cuales vivió y a cuyo bien dedicó su vida.

Después de la Independencia de México, siguió escribiendo ininidad de folletos satíricos, atacó a Iturbide, pidió que se estableciera una Constitución semejante a la vigente en Estados Unidos, con lo que refleja en todo el tipo perfecto del criollo iluso y sin penetración política.

Editó varios periódicos, folletos innumerables, la segunda edición del "Periquillo Sarniento". Contra los que lo tachaban de hereje, negó haber puesto en duda un solo artículo de la fe católica. Murió en 1827 amargado y lleno de deudas. Sus obras, si no tienen un valor literario de primera categoría, sí son muy representativas de su época y de su autor.

Las obras aquí publicadas, son: "La Vida y Hechos del Famoso Caballero Don Catrín de la Fachenda", cinco capítulos del Periquillo, tres de la Quijotita y el Testamento y la Despedida de Lizardi. Al final, una serie de notas muy breves, y una corta bibliografía sobre Fernández de Lizardi.

Gonzalo Obregón, Jr.

El Colegio de México,
Centro de Estudios Históricos.

GARCÍA GARÓFALO MESA, J. M.: *Vida de José María Heredia en México, 1825-1839*. México, D. F., Editorial Botas, 1945, 774 p., 23.5 cms.

Desde hace varios años, el diplomático cubano Manuel García Garófalo y Mesa se impuso la tarea de investigar, en México, todo lo relativo a la vida de José María Heredia y Heredia en ese país hermano, su segunda patria, donde quiso el destino que quedaran sus restos, perdidos en la tierra fértil de sus campos.

La obra de Garófalo Mesa es obra de amor, de paciente y continuada investigación. Es un libro escrito no sólo para la ocasión presente, sino con vista a los estudios futuros que se han de escribir sobre Heredia: por ello interesa al autor tanto la exposición de su pensamiento como la inserción de documentos, notas, apuntes, tomados en bibliotecas, archivos y hemerotecas. Una gran parte de las poesías de Heredia figuran intercaladas en el texto; artículos, notas y opiniones alternan con el desarrollo del relato biográfico.

La biografía de Heredia, anota Garófalo, no esta escrita aún. Esto preocupa mucho al autor que desea ser útil al futuro biógrafo. Responde a ello, a nuestro ver, su método biográfico, y, para interpretarlo fielmente, echamos de menos en el libro algunos índices analíticos, como

el de las poesías dado al final, que facilitarían la tarea de los investigadores de Heredia al aprovechar el rico tesoro que contienen estas páginas.

Fermín Peraza y Sarausa.

La Habana.

GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, MANUEL: *Nuevas consideraciones sobre la historia, sentido y valor de las bulas alejandrinas de 1493 referentes a las Indias*. Sevilla, 1944, xvi-257 p., ils., 24.2 cms. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudios Hispano-Americanos de la Universidad de Sevilla).

El A. comienza por hacer un cuidadoso examen de los documentos, llegando a distinguir cinco: A) *Inter cetera*, viernes 3 de mayo de 1493, que contenía en un solo cuerpo dos posteriores (C y D). Según se anotó en ella: "ésta se enmendó". B) *Piis fidelium*, martes 25 de junio de 1493, relativa a la misión evangelizadora de fray Bernardo Boil. C) *Inter cetera II*, viernes 28 de junio de 1493, datada el 4 de mayo, que es la llamada "bula de partición" porque fija la línea divisoria entre los descubrimientos de España y Portugal. D) *Eximie devotionis*, julio 1493, datada el 3 de mayo, sobre que gocen los Reyes Católicos y sucesores de las gracias concedidas al Rey de Portugal en Guinea y otras partes. E) *Dudum siquidem*, miércoles 25 de septiembre de 1493, conocida como bula de ampliación de la donación de Indias.

Estos textos se reproducen en el apéndice, tanto en latín como en castellano, figurando también el tratado de Tordesillas, de 7 de junio de 1494, y algunas cartas de la época.

No menosprecia el A. los aspectos doctrinales, pero concede atención preferente a las circunstancias históricas y conveniencias pragmáticas de los dos actores capitales: Fernando V y Alejandro VI. Reflexiona: "a nosotros, después de conocer minuciosamente su gestión, no puede extrañarnos que las Letras Apostólicas en mano del Papa Borgia fueran meros objetos de cambio por favores familiares o políticos" (p. 45). De otra parte cree que el pretendido espíritu misional fernandino fué simple argumento para el logro de fines políticos y económicos (p. 54).

Dentro de este terreno de realismo histórico —que no excluye, por cierto, buen número de suposiciones— explica la génesis e historia de la concesión de las bulas en 1493, destacando el problema planteado por las pretensiones y derechos portugueses. Concede importancia al antecedente representado por las Islas Canarias, pero no lo trata por extenso (p. 66). Según el A., para salir al paso del rey lusitano Juan II,

los de España ocurren al pontífice con el fin de obtener: absolución o dispensa de las obligaciones impuestas por la bula *Aeterni regis* (21-VI-1481) como consecuencia del tratado de Alcaçobas, la legitimación canónica de la ocupación de lo descubierto, y la prohibición, mediante censuras eclesiásticas, de que nacionales o extranjeros fuesen a las islas descubiertas (p. 74).

Giménez Fernández subraya, con justificado interés, el argumento regalista de Rodrigo Maldonado, quien por encargo del Rey Fernando fundamenta el derecho a las Indias y admite de paso la doctrina romanista acerca de que los reyes obtienen su autoridad de Dios y tienen todas las leyes y el derecho "so su poderío" (pp. 80-82). Sin conocer el profundo estudio de Städler sobre el carácter feudal de las bulas, conviene el A., como antes lo hizo Vanderlinden, en que la palabra *investidura* desapareció del Breve porque su sabor feudal era incompatible con la tendencia absolutista, en este caso particularizada en la doctrina de Maldonado (pp. 84, 93 y 155: en esta última página se recuerda la afirmación de Bodino acerca del carácter de feudatario de la Santa Sede que asignaba al dominio español en Indias).

Generalmente se ha interpretado la bula *Dudum siquidem* como una ampliación de los derechos españoles. El A. la juzga, creemos que sin suficiente razón, como "derogatoria de la *Inter cetera*" (p. 116), y le parece por ello que ésta de partición "sólo tuvo por tanto de vigencia dos meses escasos" (p. 115). Lo cual, si desde el punto de vista estricto de los documentos deja lugar a dudas, resulta inconciliable con la actuación histórica subsiguiente a esas bulas, donde no hallamos semejante interpretación.

Cree el A. que Fernando V y Juan II, cuando confiaron las garantías de cumplimiento del tratado de Tordesillas a su buena fe personal y rechazaron bajo juramento la posibilidad de pedir absolución o relajación de ello al Papa, extendieron "la solemne partida de defunción al concepto medieval de la Republica Christiana regida en última instancia por la potestad espiritual del Pontífice" (p. 118). No deja de ser una manera elegante de expresar el cambio notorio en el ambiente político de Europa; debe reconocerse también que los tratos entre ambas Coronas no carecieron de autonomía, como lo demuestra la negociación directa del tratado, de espaldas a Roma. Pero no creemos que esa fórmula de renuncia a pedir al Papa la absolución de lo convenido constituyera un síntoma tan extraordinario como pretende el A.; porque sin recurrir a posibles precedentes, es de recordar que en la misma cláusula del tratado de Tordesillas a que se alude, los reyes ibéricos acuerdan suplicar a su Santidad "quiera confirmar y aprobar esta dicha

capitulación, según en ella se contiene, y mandar expedir sobre ello sus Bulas a las partes" (p. 229). Es cierto que no llegaron a suplicar de hecho esa confirmación (p. 148); pero en lo formal el acato al pontífice subsistía en el convenio de Tordesillas.

La parte propiamente teórica de la obra se concentra en los aspectos jurídicos y canónicos, pues considera el A. que existen estudios teológicos y doctrinales no sólo numerosos sino valiosos (p. 119).

Sostiene que la moderna distinción entre las bulas, como documentos de gran trascendencia, y los breves de menor importancia, no ha tenido exacta aplicación práctica en 1493 ni después. Las alejandrinas no son Grandes Bulas, Consistoriales o Pontificales con valor jurídico universal, sino Bulas pequeñas, donde se regulan puntos de derecho singular. Dentro de éstas se distinguen las de jurisdicción voluntaria (*tituli* de gracia) y las de cuestiones contenciosas donde existe perjuicio de tercero (*mandamenta* de justicia). En las unas, la *bull*a o sello de plomo pendía de un cordón de seda; en las otras, el cordón era de cáñamo. De acuerdo con estos rasgos, cree que la *Dudum siquidem* sería de la clase de mandamenta; la *Inter* de partición y la *Eximie* serían *tituli*; y la *Inter* del 3 y la *Piis*, igualmente *tituli* (pp. 130-131. La *Piis* y la *Dudum siquidem* se obtuvieron por vía de Cancillería. Las otras tres por la vía extraordinaria, de Cámara, siendo la *Inter* de donación de carácter secreto (pp. 132-133). A fines del siglo XV, la fórmula *Motu proprio* era poco menos que de estilo en las bulas camerales, y así figura en las dos *Inter* y en la *Eximie* (p. 133).

Aparte de esta descripción, el A. entra en un "examen crítico" de las bulas de 1493, inclinándose más a la actitud del canonista lógico que a la del historiador del derecho (pp. 134-135).

En el VI y último capítulo de la obra, el A. se propone dilucidar la trascendencia histórica de las letras alejandrinas sobre Indias de 1493. Antes (p. 137) acepta la opinión de quienes estiman desorbitada la influencia atribuida por escritores posteriores a esas bulas en la realidad histórica de su época. Y con justeza explica: "como la ficción de que en Guanahaní, en Cuba, o en Haití existieran musulmanes que debelar o tierras del imperio Romano que rescatar no podía mantenerse, surgió la empresa cristianizadora de los aborígenes pacíficos como nuevo título y razón de la exclusiva concedida a quienes, siendo ya por título de ocupación según el derecho romano señores (*dominus*) de las tierras descubiertas, las sometían a la autoridad espiritual del Pontífice integrándolas dentro de la Respublica Christiana: y tomando como base este sometimiento e integración, el Pontífice concedía a sus súbditos espirituales los Reyes descubridores, la exclusiva en la tarea de cristianizar

los habitantes de las regiones por ellos descubiertas y ya poseídas, prohibiendo a los demás miembros de la comunidad cristiana interferir dicha tarea con intentos de conquista, opuestos así, tanto a la *naturalis possessio* de los romanistas, como a la pacífica armónica ordenación de la Respublica Christiana medieval, dentro de cuya mentalidad se concedieron. Tal fué la base doctrinal—probablemente suministrada por los consejeros pontificales—en que se fundamentaron las dos bulas *Inter cetera* de Alejandro VI, cuyas consecuencias se sacaron de la *Piis* y la *Eximie*; y para convencerse basta leer detenidamente las cláusulas motivas idénticas en ambas *Inter cetera*". (pp. 140-141).

Finalmente, el A. se entrega a un análisis riguroso de las tesis polémicas utilizadoras de las letras alejandrinas (misional, absolutista, arbitral, personalista, internacionalista, institucionalista, vicarial y regalista) y de las interpretaciones modernas.

Concluye afirmando que, no obstante los móviles terrenos que movieron a los actores en la concesión de 1493, la perfección de la doctrina contenida en las bulas se impuso a lo largo de la historia de Indias, especialmente en los órdenes religioso, social y jurídico. Acepta así el sentido providencialista de la Historia, según el cual, aun en los renglones torcidos de ella, "Dios escribe derecho" (p. 160).

Un nuevo estudio sobre las bulas, dado lo mucho que se ha escrito sobre ellas, requiere altas calidades para subsistir e interesar a los historiadores. Creemos que la obra de Giménez Fernández logra presentar sugerencias valiosas y análisis agudos, pero también algunas exageraciones en el orden jurídico e histórico. La exégesis documental es importante; las conjeturas abundan, hasta despertar recelo, en la parte dedicada a la investigación genética de la concesión de los documentos; ya advertimos que en el estudio canónico nos parece que la lógica formal se sobrepone al criterio histórico-jurídico; y, por último, la exigente valoración histórica, inspirada en los principios de un catolicismo liberal, proclama el respeto a la sentencia: "Sólo la verdad puede salvarnos" (p. XVI) y a los valores de libertad humana y justicia social (p. 161), en tanto que predica el desvío de "aquellos para quienes la Historia es sólo arsenal de argumentos sectarios" (p. 149).

Silvio Zavala.

El Colegio de México,
Centro de Estudios Históricos.

GRAY, ARTHUR AMOS: *Men Who Built the West*. The Caxton Printers, Ltd., Caldwell, Idaho, 220 p., \$3.00.

This modest little book admirably fulfills its avowed purpose:

"to bring together important phases of western history which are not always accesible to young readers". Intended for the junior-high-school student, it tells the story of the initial Spanish and American conquest of the trans-Mississippi west in terms of the pioneer explorers, miners, trappers, cattle drovers, freighters and mail riders whose heroic exploits opened that vast region to settlement.

Books of this sort, emphasising as they must the colorful personalities among the frontiersmen, have been written before, but few have attained the excellence of this volume. The author, who is head of the History Department of the Berkley High School in California, brings to his task not only a love for his subject and an educator's ability to write in a language fitted to the vocabulary of the school child, but a sound training in history. His familiarity with the monographic literature in the field is obvious; the influence of Herbert E. Bolton is reflected in his discussion of spanish conquest, of LeRoy Hafen and other scholars in his description of the fur trade, of Edward E. Dale and Ernest S. Osgood in his account of the cattlemen's frontier. Mr. Gray, in other words, has reduced good history to its simplest terms, garnished it with colorful but accurate detail, and presented it in attractive form.

A carping critic could object to two obvious faults. One is the author's tendency to sweeping generalizations that sometimes lack authenticity; but are readily excusable in light of the over-simplification required for his young readers. The other is his failure to include any permanent settlers among his galaxy of frontier heroes. Certainly the story of the Spanish missionaries, the Mormons, the Oregon pioneers, or even the humble homesteaders of the Nebraska plains makes as exciting reading, if properly told, as do the exploits of Jim Bridger in the Rockies. His intentional exclusion of this material perhaps indicates that he intends another volume on settlement; certainly he has shown himself well-qualified for this task.

The publishers have done an adequate war-time printing job, and have greatly enhanced the value of the book by including a large number of excellent illustrations, many of them from contemporary sources.

Ray Allen Billington.

Northwestern University.

HARTH-TERRÉ, EMILIO: *Artífices en el Virreinato del Perú*. Lima, Imprenta Torres Aguirre, S. A., 1945, 250 p., 26 cms.

En este volumen ha reunido Harth-Terré una serie de estudios consagrados a diversos artistas que actuaron en el Perú durante el período

del coloniaje, que destacamos como un valioso aporte para la historia del arte peruano. Hombre de juicio ponderado, ha frecuentado asiduamente las fuentes inéditas que atesoran los archivos de su país, circunstancia que le ha permitido realizar interesantes revelaciones con respecto a autores y obras de la época referida.

El autor explica claramente, al iniciar el volumen, que sus propósitos son los de no adelantar juicio alguno sin poseer la prueba correspondiente. Su obra aspira —y lo alcanza— a ser de carácter constructivo y permanente.

“El estudio de la arquitectura virreinal reclama,—dice Harth-Terré—necesariamente, el estudio de los archivos contemporáneos a la ejecución de las obras, para descubrir los conciertos que suscribieron los alarifes y artesanos. En ellos encontraremos la fecha y condiciones en que realizaron los trabajos, permitiéndonos ubicar exactamente la obra de arte y por consiguiente derivar en ella las influencias que recibió; o también las escuelas que generó, si fué tanta y tan grande su importancia y no menor el genio del artífice”. Juiciosas consideraciones que no se hallarán en otros autores que trabajan temas similares, para quienes los archivos carecen de interés vital para sus fines. De ahí el valor insignificante de sus escritos y el ejercicio permanente de la asimilación de los conceptos e ideas ajenas, disfrazadas hábilmente para deslizarlas como fruto de propias especulaciones. Por supuesto que los hechos referidos no ocurren solamente con quienes se dedican a temas de historia del arte. El campo histórico es extenso y en todas sus clasificaciones se hallarán autores como los mentados. Hasta ahora —como bien expresa el autor— “la obra de arte se describió, si no como motivo de literatura, como un ente singular en el que el artista o los varios que intervinieron en ella, como sucede con gran frecuencia, permanecen anónimos. Y si sus nombres aparecen, esto nada nos dirá, si no conocemos algo más de su vida y de su arte. Si fueron naturales de la metrópoli o criollos, tiene tanta importancia como la edad cuando trabajaron la obra, así como si fueron discípulos de algún artífice de España o simplemente pasaron por la escuela de la maestría en una gran obra que se erigía en algunas de las capitales virreinales y luego emigraron a la provincia, a ejercer su práctica y su arte”.

Estimables apreciaciones que no comprenderán en su verdadero sentido algunos escritores, que se han ocupado de temas de arte colonial americano, para quienes la paternidad de la obra a una u otra persona carece de interés. Múltiples pruebas da Harth-Terré de cómo se han atribuido a unos artífices los trabajos que otros hicieron, hasta que hallada la prueba documental, no sólo dió la paternidad al verdadero autor, sino que destruyó ligeros conceptos sobre supuestas influencias.

No olvida por supuesto, quien tan serenamente aborda temas de tanta importancia para la historia de la cultura artística en el Perú, de recordar a quienes han trabajado y vienen trabajando en el Nuevo Mundo con sentido cualitativo en esas especulaciones en las que él ya es maestro.

Al referirse a la iniciación constructiva en el Perú en los primeros años de la conquista, refiere que los artesanos que trabajaban en los centros urbanos eran españoles, pero que los canteros incaicos reanudaron la práctica de su oficio al servicio de sus nuevos amos en la sierra.

Recordando las actividades de los indígenas en el Cuzco, dice que en ese lugar prosiguieron "su tarea ancestral. En el muro de aparejo precolombino, labra el artífice inca la nueva portada, más ancha, con quicios a la española para poder acomodar la puerta de goznes que era desconocida del indio. Y así, en muchos lienzos de factura incaica, aparece el remiendo para formar el nuevo vano".

Sería en exceso prolijo traer a colación otros ejemplos que expone el autor, que coinciden con apreciaciones ya expuestas por otros con respecto a las influencias o participación de los indígenas en la construcción de monumentos arquitectónicos en la época a la que nos venimos refiriendo.

Complementando esta reseña sobre la obra de Harth-Terré, creemos conveniente reproducir a continuación el índice de su contenido, para una mejor ilustración del lector.

El sumario es como sigue: Abolengo artístico de los alarifes; Vida y obra de los artífices, siglo XVI, Juan Cano, carpintero, de aprendiz a maestro; Gil López y Antonio Lorenzo, el puente sobre el río Pasamayo; Miguel Morzillo, un orfebre del siglo XVI; Mateo Pérez de Alessio, romanismo en la pintura virreinal; Francisco Becerra, arquitecto, sus últimos años en Nueva Castilla; Jusephe de la Sida, el purismo renacentista en Lima; Entalladores del siglo XVII, capítulo del arte virreinal en Lima; Juan Martínez de Arrona y Pedro de Noguera, escultores en la Catedral de Lima; Juan del Corral, maestro mayor de reales fábricas; Juan del Corral, azulejero, el azulejo, joya limeña; Asencio de Salas, escultor de retablos del siglo XVII; El licenciado Francisco Meléndez, renacimiento de una campana; Fray Cristóbal Caballero, el alarife y escultor mercedario; Manuel de Escobar, la iglesia de San Francisco de Lima; Santiago de Rosales, el alarife mulato; Alarifes que gozaron de longevidad.

Se cierra el libro con un índice de los artífices mencionados en el libro que alcanzan al número de 296. Completando esta información, aclara el autor que en sus ficheros tiene registrados los nombres de "más de cinco mil artífices, que sólo son una parte de las investigaciones en que sobre el arte peruano estoy empeñado desde hace ya algunos años".

Hermoso ejemplo de actividad, al que se une un criterio ajustado para discriminar con acierto sobre el valor de las fuentes y sobre los problemas que continuamente se plantean. Bastaría mencionar entre múltiples ejemplos la parte relativa a la construcción de las catedrales de Lima y del Cuzco, al referirse al arquitecto Francisco Becerra.

José Torre Revello.

Buenos Aires.

HENRÍQUEZ-UREÑA, PEDRO: *Literary Currents in Hispanic America*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1945, 345 p.

De noviembre de 1940 a marzo de 1941, Henríquez-Ureña dictó una serie de conferencias en el "Fogg Museum of Art" sobre un tema que había anunciado bajo el siguiente rubro: *In search of Expression*. El tema, singularmente atractivo, fué trabajado posteriormente por su autor hasta entregar a la imprenta un libro que intituló: *Literary Currents in Hispanic America*. La dificultad que hubo de vencer para dar el nombre definitivo a esta obra, que toca infinitas vetas de la cultura hispanoamericana, se advierte en las variaciones de títulos.

La historia de la expresión incitó al escritor a extender su campo: de la expresión literaria partió a las expresiones artísticas de otros tipos, y habló sobre música y pintura. Eso parecía indispensable y de hecho lo era para hacer una historia de la expresión americana y de la búsqueda que el americano ha realizado y realiza en este terreno de la cultura.

Las conferencias fueron preparadas para un público especial, que dejó su huella en ellas. Ese público muchas veces no estaba familiarizado con el tema y el autor se vió obligado a acumular una serie de datos que en otras circunstancias habría omitido.

La obra que surgió de esas conferencias o lecturas conserva en partes el tono que debieron ellas tener, no obstante que el autor hizo serias modificaciones al desarrollo original. "He dedicado—nos dice—dos años y medio desde entonces para reescribir y alargar el texto de las conferencias y para agregar notas".

Tal y como se encuentra—en inglés—me parece que el libro difícilmente será traducido. La necesidad de una nueva elaboración para el lector hispanoamericano parece indispensable.

Divide Henríquez-Ureña su estudio en 8 partes que son: 1.—El descubrimiento del Nuevo Mundo en la imaginación de Europa. 2.—La creación de una nueva sociedad: 1492-1600. 3.—El florecimiento del mundo colonial: 1600-1800. 4.—La declaración de la independencia intelectual: 1800-1830. 5.—Romanticismo y anarquía: 1830-1860. 6.—

El período de organización: 1860-1890. 7.—El purismo literario: 1890-1920. 8.—Problemas del día: 1920-1940.

Por este índice puede verse fácilmente el tratamiento que se le ha dado al tema. *Literary Currents in Hispanic America* en un ensayo histórico y la crítica que contiene es dinámica en su mayor parte. En él pueden encontrarse los contrastes, las influencias y los movimientos naturales y culturales. Las ecuaciones de arte y naturaleza, arte y sociedad, dondequiera aparecen, y los sectores generales del libro a ellas corresponden.

El método seguido por el autor es el siguiente: primero, bases y generalidades, después representaciones y casos particulares, es decir, literatura y literatos; expresión y autores.

La crítica dinámica es la historia de la expresión. Se refiere al funcionamiento de la literatura en Hispanoamérica. El funcionamiento está regido por la naturaleza, por la política, por la sociedad y de modo particular por las corrientes culturales europeas.

Un campo tan amplio se pierde a veces de vista. Los senderos se bifurcan a menudo. En realidad no hay en el libro una palabra que no sea útil para la comprensión del tema; pero las ramificaciones a veces alarman. Sin embargo, el autor llega a donde quiere llegar, a la historia de la búsqueda de la expresión, tema muy general que por sí solo no tiene vida, que depende de la vida de otros temas a los que comprende y abarca: algunos de ellos son naturales y otros culturales. Resulta necesario particularizar y hasta ejemplificar, dar fechas, títulos y lugares.

El libro tiene tres fundamentos: la naturaleza, la cultura extraliteraria y la literatura, el libro, el poema, el lienzo. Henríquez-Ureña va constantemente a esos tres elementos para remontarse a la historia de la expresión. Ellos le ayudan a caracterizar la expresión hispanoamericana, algunos de cuyos rasgos solamente pueden ser captados por la intuición.

Pablo González Casanova.

El Colegio de México,
Centro de Estudios Históricos.

HILL, ROSCOE R.: *The National Archives of Latin America*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1945, xx-169 p., 23.5 cms., ils.

Preparado bajo los auspicios de The Joint Committee on Latin American Studies —el cual fué establecido el año de 1942 por tres instituciones: National Research Council, American Council of Learned So-

cieties y Social Science Research Council— este libro fué dedicado al Instituto Panamericano de Geografía e Historia, según reza la dedicatoria: *"In recognition of its past accomplishments and potential achievements in making known the historical records of the American Nations"*.

El Dr. Hill, durante sus frecuentes viajes por Hispanoamérica, ha conocido y utilizado la mayor parte de los repositorios documentales de nuestros países y se ha dado perfecta cuenta de los problemas y deficiencias que cada uno de ellos presenta. El conocimiento directo de los establecimientos y su preparación como experto en archivología, le han permitido precisar cuál es la situación de los archivos latinoamericanos, sus necesidades, y, en última instancia, las soluciones aplicables en cada caso, aun cuando por el temor de herir susceptibilidades nacionales, mitiga un tanto sus apreciaciones.

En la introducción, el A. se ocupa del estado general de los Archivos Nacionales, desde el Argentino hasta el Venezolano, particularizando en cada caso lo que cada uno de ellos ofrece favorable o desfavorablemente. En seguida señala el hecho de que un principio de la administración peninsular fué el conservar y arreglar convenientemente sus documentos y archivos; de ahí partió la idea de establecer el Archivo General de Indias y los intentos americanos de formación de repositorios documentales generales, v. gr. en México, intentos que permitieron, apenas entrado el siglo XIX, el establecimiento de auténticos archivos nacionales en diversos países, habiendo celebrado ya su centenario, los siguientes: Argentina, (1821), México, (1823); Bolivia, (1825); Brasil, (1839); Cuba, (1841). Más tarde fueron creados: en 1860 el de Haití, el de Colombia en 1868, el año de 1871 vió nacer al Paraguay y el de 1880 al de Honduras. Costa Rica fundó en 1881 el suyo, y en 1884 la República Dominicana hizo lo propio, así como en 1896 Nicaragua. Ya en este siglo, Panamá, Venezuela y Perú fundaron sus Archivos Nacionales en 1912, 1914 y 1919 respectivamente, y, en la siguiente década, en 1927, Chile y Uruguay. Los últimamente establecidos fueron los de Guatemala en 1937 y Ecuador en 1938.

Estos archivos, observa el A., han sido colocados en su mayor parte en viejos e impropios edificios, a excepción de los de Panamá y Cuba que cuentan con modernos edificios expresamente construídos y magníficamente equipados. La deficiencia de los locales, falta de seguridad, malas condiciones higiénicas, etc., origina muchas veces la pérdida irreparable de valiosos documentos e imposibilita una ordenada distribución de sus materiales. Gran parte de estos archivos, podemos agregar, son verdaderas bodegas donde sin orden ni concierto están amontonados los documentos. La guarda, catalogación y clasificación de los mismos, está en gran parte en manos de un personal mal preparado y peor retribuído, a pesar de que

generalmente ocupa la dirección una persona bien intencionada. La carencia de un personal idóneo, no por falta de interés sino por el desconocimiento y abandono gubernamental, es un problema que se trata actualmente de remediar. Los servicios magníficos que muchos empleados prestan en estos sitios, débense más al esfuerzo personal y vocación al trabajo, que al impulso oficial.

Los archivos nacionales están situados generalmente en aquellas ciudades que fueron centro de la vida política, económica o religiosa de una nación o provincia. Este origen es el que les da a la mayor parte de ellos sus características comunes y constituye la base de sus colecciones. Comúnmente estos archivos han sido organizados teniendo en cuenta la más sencilla división de: archivos pertenecientes a una determinada persona, generalmente de la época nacional; archivos coloniales y archivos del período nacional. Esto sucede en la mayor parte de los países, y, en México, es precisa esta distinción, ya que el Archivo General de la Nación puede considerarse en líneas generales como un archivo colonial. El período nacional está representado por escasos ramos y su mayor parte se encuentra en un local distante, donde su consulta es imposible, o bien se haya distribuido en otros repositorios, por ejemplo, en ciertos archivos ministeriales como el de la Secretaría de Relaciones.

A más de los Archivos Nacionales, cabe mencionar muchos otros que contienen material semejante al de aquéllos, en ocasiones complementario, el cual, por diversas circunstancias, se encuentra disperso. Tal sucede en Brasil, Argentina, Cuba, Perú, Venezuela y México. En este último país, en su capital, documentos de un mismo ramo se encuentran en el Archivo General de la Nación, en el Museo Nacional y en la Biblioteca Nacional. Otro de los problemas consiste en la formación de archivos departamentales o ministeriales, los cuales deberían estar obligados a remitir sus fondos al archivo general, reservando tan sólo los papeles que entren dentro de un período de años determinado. Suele ocurrir que ciertos documentos que en ocasiones ya han sido publicados en otros países, por tratarse de asuntos internacionales ya pasados, se excusen a los investigadores. Chile y la República Dominicana son los únicos países que obedecen el principio de transferencia periódica, que impide que fuera del archivo general se formen colecciones que deben estar a él incorporadas por su mismo carácter de general y nacional.

La presencia de los fondos coloniales en la mayor parte de estos archivos motiva una estrecha relación entre ellos y los españoles y portugueses. Esta relación, nacida de la dependencia colonial y con ella

el intercambio necesario de correspondencia y el envío de disposiciones gubernamentales, permite en ausencia de los papeles americanos, la utilización de los fondos existentes en el Archivo de Indias de Sevilla, en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, y el General de Simancas, así como el Arquivo da Torre do Tombo y el Histórico Colonial de Lisboa. Como auxiliar en la investigación en los diversos archivos, el A. proporciona abundante bibliografía.

A continuación el Dr. Hill nos habla de la ordenación que comúnmente guardan en estos sitios los fondos documentales, principiando por la más sencilla de colonial y nacional y particulares, para seguir después por la menos simple de distribuirlos de acuerdo con la dependencia de que proceden o asuntos de que tratan y, dentro de ellos, seguir un orden cronológico y alfabético. Los documentos, la mayor parte de las veces, están empastados en volúmenes, a menudo sin concierto ni orden, pero así por lo menos se impide su extravío. Otros sólo se encuentran en forma de legajos. En Venezuela se han empezado a utilizar cajas para su guarda, procedimiento que también se emplea en México en los papeles que actualmente se clasifican. Uruguay y Panamá utilizan para su colocación estantes de metal, y en Brasil se cuidan de los insectos y parásitos que los destruyen. La ventilación artificial y la estricta prohibición de fumar deben ser principios de obligatoriedad estricta. Muchos de estos archivos poseen índices de sus fondos, formados a menudo desde el período colonial o en sus inicios, otros carecen aún de esa forma sencilla de consulta. El sistema de catalogación ha sido introducido en varios de ellos. En México, los más importantes ramos de su archivo están siendo catalogados bajo un moderno sistema que permite localizar, en un momento, el nombre de la persona, lugar, asunto y el año de los documentos con la expresión del ramo en que se encuentran, tomo, caja o legajo, expediente y folio.

Háblanos en seguida el A. de las publicaciones provenientes de los archivos, a las cuales divide en periódicas, como revistas y boletines, y los volúmenes aparecidos a intervalos irregulares, formando o no una serie, pero ambos realizados a base de los documentos. Dignas de mención son las publicaciones argentinas, las brasileñas y las mexicanas. La publicación de índices y la adquisición de modernos aparatos de fotografía sirven de auxiliares valiosísimos a los investigadores. El Dr. Hill, basado en sus conocimientos y experiencia, propone en seguida y ante la anarquía que dentro de la terminología de archivos reina, que se adopte la por él propuesta en *The American Archivist*, octubre de 1943, la cual con algunas modificaciones y adaptaciones necesarias debidas a nuestra tradición archivística, puede rendir grandes beneficios.

Como final de su prefacio proporciona la lista de los actuales directores de los archivos nacionales hispanoamericanos. En seguida se ocupa de estudiar país por país y alfabéticamente los Archivos Nacionales.

Con respecto al de México, queremos hacer algunas observaciones que precisan los datos proporcionados por el Dr. Hill. Las primeras se refieren a su nueva organización y reglamentación de sus funciones, aspecto que puede verse en este mismo número en la sección de Noticias. Las siguientes se refieren a puntos concretos. El total de volúmenes del ramo criminal es de 750, no de 744. El ramo de Inquisición comprende 1,702 volúmenes empastados; 1,553 del ramo propio de Inquisición en el que se comprende el Lote Riva Palacio, del cual faltan dos volúmenes, más 147 tomos del Real Fisco de la Inquisición, a los cuales no se les debe separar del primer grupo. A los anteriores se añaden dos volúmenes de edictos y disposiciones eclesiásticas. Aún más, deben contarse varias cajas de documentos—más de 15—ya ordenados, y que están catalogándose. En la biblioteca del propio Archivo, en varios volúmenes empastados, existen más documentos de este ramo, así como en la bodega.

Actualmente se catalogan, dentro del sistema ya señalado, los ramos de Criminal, Inquisición, Provincias Internas y Universidad, y en una forma menos completa Tierras, Mercedes, Reales Cédulas y Civil. La última publicación del Archivo en cooperación con la Universidad Nacional fué la *Crónica de la Venida de la Compañía de Jesús a Nueva España*, con un prólogo y notas del Sr. Lic. Francisco González Cosío, obra descubierta por el Sr. Agustín Hernández y utilizada antes de esta vez por el Lic. José Miguel Quintana. Un índice analítico al final del libro facilita la utilización de esta magnífica y utilísima obra, escrita por un experto de los archivos norteamericanos para el servicio, no sólo de su país, sino de los hispanoamericanos principalmente, los cuales por desgracia desconocen entre sí los tesoros documentales que cada uno de ellos encierra.

Ernesto de la Torre Villar.

El Colegio de México,
Centro de Estudios Históricos.

JIMÉNEZ RUEDA, JULIO: *Herejías y Supersticiones en la Nueva España (Los Heterodoxos en México)*. México, 1946, xiv-306 p. (Universidad Nacional Autónoma de México, Monografías Históricas, I).

Esfuerzo de sistematización, logrado con el estilo agradable con que el A. se ha distinguido en sus obras literarias.

La enorme riqueza que guarda el ramo de Inquisición, uno de los más importantes del Archivo General de la Nación, ha permitido tomar, de uno u otro expediente, los numerosos casos que se brindan al estudio. Hasta hoy se habían dado a conocer muchos de esos procesos, pero aisladamente. Con este libro se inicia ya un análisis de conjunto que da mayor valor a los asuntos conocidos por separado. Este es el mejor mérito de esta obra, aunque, como el A. lo reconoce, no trasciende de los límites del ensayo.

La introducción es un compendio de lo que abarcan las nutridas páginas del texto. Muy bien afirma el A. que la época colonial ha sido mal juzgada como período libre de inquietudes, lleno de paz y tranquilidad; lo cierto es que al asomarse el investigador acucioso a los documentos inquisitoriales, descubre cuán desasosegados tiempos fueron los del coloniaje.

Demuestra el A. cómo se reflejaban las diferencias dogmáticas europeas en el medio novo-hispánico, en variedad de matices que causan verdadera sorpresa.

Se inicia el estudio con el panorama de la conversión de los indios, la persistente resistencia de éstos al cambio de ideas religiosas y el afán de los primeros misioneros que trataron de inculcarles una mejor norma moral y espiritual de la vida. Afirma el A. que con el sacrificio del cacique de Texcoco se cerró el capítulo de la lucha entre dos fanatismos: el cristiano y el indio.

El problema indígena abarca los dos primeros capítulos. Luego se estudia la vida colonial intensa de fines del XVI, analizándose los casos de erasmismo, judaísmo, anglicanismo, hugonotes, luteranos y muy especialmente los alumbrados, iluminados y dejados, destacándose entre éstos la figura de Gregorio López.

Capítulos enteros (IX y X) se consagran al caso de la familia Carvajal, que el A. describe en forma atractiva y serena.

Poca información se proporciona con respecto al siglo XVIII, y la obra se detiene en el momento en que va a iniciarse el movimiento de independencia.

El estudioso puede hallar en las últimas páginas del libro los índices onomástico y de materias, este último en forma de sumario de cada capítulo. Al calce de las páginas se encuentran las referencias a los documentos consultados, y a las fuentes bibliográficas que han servido para ilustrar mejor los asuntos tratados. Al final se recapitula esa bibliografía.

J. Ignacio Rubio Mañé.

Instituto de Historia,
Universidad Nacional Autónoma de México.

JOHNSON, WALTER: *The Battle Against Isolation*. Chicago, University of Chicago Press, xii-270 p., \$3.00.

This book constitutes a brilliant survey and analysis of America's thinking on world affairs and on war and peace during the last two decades. It is a study in public opinion giving a clear cut and courageous picture of the uncertainties and fears rampant in America as Europe moved to war. The book is forthright and objective. It is written in a fluent, readable style that moves rapidly and yet comprehensively through the years to Pearl Harbor.

The core of the book deals with the organization and work of the "Committee to Defend America by Aiding the Allies". Here the author had access to a great mass of unpublished materials in the possession of William Allen White, the chairman of the Committee when it was first organized and until his resignation early in January, 1941. In the use of this material the author makes his most important contribution. Names and places are used impartially and scores of prominent Americans appear here and there throughout the book according to the record.

Beginning with a discussion of the rejection of the League of Nations in which the blame is squarely placed on Senator Lodge and his associates, the author touches upon America's foreign policy during the 1920's and the apathy of the American public. It is the author's contention that Franklin D. Roosevelt was an "avowed internationalist" and the Democratic Party was still the party of Wilsonian ideals when both came to power in 1933. Possibly this contention is correct, but when set against the obvious nationalist aspects of much of the New Deal program in its economic aspects, it becomes less clear.

Certainly it is true the isolationist element miscalculated in several ways. They misread American history with its clear record of belief in democracy at home and abroad. They misjudged the strength of commitments abroad, the maintenance of which was based on American honor. They miscalculated the strength of a people slowly being aroused by the dirty record of dictatorial governments in Europe.

One finds in this book more than the record of a committee. It reveals the strengths and weaknesses of a people living in a world shrinking in size and yet unaware of much that is happening. It portrays the fears and hopes, the division and bitterness, as America watched the tide of war draw close to her shores.

The book should be read. It will be helpful in clearing away a lot of loose thinking, and loose thinking at any time is dangerous.

Tracey E. Streyev.

Northwestern University.

Jonathan Dickinson's Journal or God's Protecting Providence. Being the Narrative of a Journey from Port Royal in Jamaica to Philadelphia between August 23, 1696 and April 1, 1697. Edited by EVANGELINE WALKER ANDREWS and CHARLES MCLEAN ANDREWS. New Haven, Yale University Press, 1945, illustrations, maps, and index. x-255 p., \$3.00.

As an entrancing adventure story, and as an account of the last days of the great Quaker, Robert Barrow, this journal passed through some twenty printings or editions between 1699 and 1869, but it has remained little known among and quite inaccessible to the historians and anthropologists, for whom it represents the most important source relating to Florida and Georgia at the end of the seventeenth century. Because the country and the people which Dickinson describes are as unknown to us as they were to him, his simple, Defoe-like, narrative is as fascinating as it is valuable. Spanish-Americans will be particularly interested by his account of the Spanish in Florida. He describes St. Augustine as a garrison town with no male inhabitants but the soldiers, and its houses less than half occupied. It was "going on of three years" since a vessel of any sort had put in, although the garrison depended upon Havana for almost everything. Never has the rootless character of the Spanish occupation of Florida been more clearly described.

Dickinson, like Barrow, was a Quaker, and even "the Spanish Christmas" seemed foreign to him, but he found among these Spanish catholics a gentle kindness very like his own. Barrow said, with surprise: "There was one of the Fathers a Confessor with his shaven Pate he sent me a lining shirt, so these Spanish Papists were kind to us". Here again is that note of surprised pleasure at the humanity of Spaniards which one encounters so frequently in Defoe.

Dr. and Mrs. Andrews have in this volume done a piece of editing which for thoroughness, accuracy, and charm of style is like only their work. In the Journal they have modernized spelling, punctuation, and capitalization, which will be a great boon for Latin-Americans who are not accustomed to seventeenth-century English. They have made exhaustive biographical and bibliographical studies of the Journal and its persona, including reproductions of the titlepages of all editions. The reader should be warned not to overlook the six maps at the back of the book.

Clifford K. Shipton.

American Antiquarian Society.

MARTIN, SIDNEY WALTER: *Florida during the Territorial Days*. The University of Georgia Press, Athens, Georgia, 1944, 308 p., \$3.00.

Florida remained a territory of the United States from 1821 when the Adams-Onís Treaty was finally ratified until admitted to the Union as a state in 1845. During this long period an American social order was substituted for well-rooted Spanish traditions, a government established, a land system set up, new staples introduced to sustain a plantation agriculture, internal improvements built, and the Seminole Indians conquered. By 1838-1839 the influx of settlers from the north apparently justified statehood, but the constitution drawn up at that time did not become operative until 1845, due largely to congressional refusal to admit a new slave state until a free state was also ready to enter the Union.

The story of these events is told by Dr. Martin in a book distinguished more for its industry than its brilliance. The author has laboriously spaded through a vast mass of material, ranging from territorial newspapers through archival reports to the manuscript journals of nearly every important character who lived in Florida during the period. His findings have been pieced together in a series of unrelated chapters that deal with politics, the land question, social and economic adjustments, the struggle for internal improvements, the growth of educational and religious institutions, the Seminole War, and the coming of statehood. The patient reader will be rewarded with as detailed a mass of information concerning territorial Florida as the most carping critic could demand.

But the historian who seeks something more than information will be disappointed in this book, for Dr. Martin is so engrossed in what happened that he often fails to explain why events occurred. Thus there is scant mention of the interesting acculturation problems that followed American intrusion into a society fundamentally Spanish; instead his chapter on social transition consists of a disappointing account of horse racing, fox hunting, and glamorous planter balls. He describes the introduction of the many crops suited to Florida's varied climate, but fails to discuss the impact of this diversified agriculture on the structure of a southern social order adjusted to dependence on one staple. He dwells upon the desire of territorial Florida for internal improvements, without explaining why the people there failed to share the common southern antipathy toward use of federal funds in this way. He treats the settlement of Spanish land claims without weighing the effects of speculative pressure on the commissioners. The facts are there, often in opressive plenty, but the interpretation is lacking.

The book is attractively printed and bound, although readers would

benefit if more maps had been substituted for the worthless reproductions of letters from early governors. The index and bibliography are excellent.

Ray Allen Billington.

Northwestern University.

MATTHEWS, WILLIAM: *American Diaries. An Annotated Bibliography of American Diaries Written Prior to the Year 1861.* Berkeley, 1945, xiv-383 p., \$3.50. (University of California Publications in English. Volume XVI).

A majority of the readers of the *Revista* will be disappointed to hear that this bibliography includes only diaries written in or translated into English, and in general only those relating to areas controlled by English-speaking Americans. The diaries written abroad by North America laymen, but not missionaries, are included. Thanks to the spade work done by Mrs. Harriette M. Forbes in her *New England Diaries, 1602-1800*, early New England is very heavily represented in this bibliography. More than a quarter of the titles in Dr. Matthews' volume also appear in Mrs. Forbes' work despite the territorial and temporal limitations of the latter.

The great value of the Forbes volume lies in its listing of manuscript diaries. Dr. Matthews is compelled by exigencies of space and time to omit diaries which are not published "in substantial part". Fortunately he can make an exception where common sense dictates, for example including one very important diary of which only five percent is in print. In such entries he gives useful information regarding the unpublished manuscript.

By a strict, and reasonable, definition of the word "diary", Dr. Matthews excludes autobiographies, travel narratives, chronicles, commonplace books, annals, memoirs, reminiscences, minutes, orderly books, muster rolls, ships' logs, and letters. The size of his volume has also been kept down by a deliberate refusal to search newspapers for diaries and by restricting the scanning of popular monthlies and weeklies to the more popular ones.

The bibliography is arranged chronologically by the opening date of the diaries. In spite of the fact some of these diaries run for fifty years, there was perhaps no better way to arrange them. There is an index of authors but not of geographical names.

The reviewer has for several years been working on a continuation of the Forbes bibliography. When he and other Eastern scholars heard of Dr. Matthews' project they stated that it was grandiose and must surely

collapse of its own weight. Only an Englishman transplanted to lush California soil would attempt such a thing, we said. The recent appearance of a similar bibliography with which Dr. Matthews' work will unfortunately be confused gave color to our dire prediction. The fact is that Dr. Matthews has achieved what he set out to do and has done it extremely well. His coverage of privately printed volumes is amazing. We have spot-tested the bibliography for difficult items at many places, and always Dr. Matthews has come up with an adequate entry. The publication of the volume will bring out a rash of omitted diaries which should have been included, but the copies of the bibliography will so soon wear out under the constant use which they will receive, that there will soon be a demand for a revised and enlarged edition.

Clifford K. Sipton.

American Antiquarian Society.

PEÑA OTAEGUI, CARLOS: *Santiago de Siglo en Siglo*. Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, 1944, x-533 p., ilusts.

Muy bello libro, tanto por su presentación técnica como por su contenido. En prosa fácil y elegante, el autor nos hace una reseña de su ciudad. "Nuestro objeto, nos dice en el *Prólogo*, ha sido presentar algunos aspectos que den a conocer la vida de Santiago de Chile a lo largo de sus cuatro siglos de existencia y su transformación paulatina de pobre villorrio en sus orígenes a la pequeña ciudad que conservaba intacto su sello de vieja España colonial, hasta la capital actual, en pleno progreso y crecimiento".

Consta el libro de ocho partes, divididas en pequeños capítulos. La primera parte se titula "Santiago en el siglo XVI". El autor nos narra la fundación de la ciudad, efectuada por D. Pedro de Valdivia en 1540. Le escoge el sitio, se hace la "traza", se cercan los sitios y se le bautiza con el nombre de "Santiago del Nuevo Extremo". Progresó la Villa lentamente falta de víveres y acosada por los indígenas. Se empiezan a levantar iglesias y conventos. Sería curioso, entre paréntesis, hacer una comparación entre Santiago, en 1571, tal como la pinta el cosmógrafo Juan López Velasco y la Capital de la Nueva España según Cervantes de Salazar, hacia la misma fecha.

El siglo XVII ve, en su primera mitad, el crecimiento de la ciudad. Se erigen casas suntuosas, los templos se agrandan y llenan de bellos retablos dorados, el lujo y las comodidades crecen. Desgraciadamente, el espantoso terremoto de 1647, destruyó casi por completo la villa. Se reconstruyó, a pesar de la buena voluntad de los vecinos, con mucha

lentitud, tanto que "cuatro años después del siniestro, la mayoría de los santiaguinos vivían en ranchos de paja". El buen gobierno de D. Juan Henríquez ayudó mucho a que se rehiciera la prosperidad de la ciudad. A principios del siglo XVIII, Santiago es una bella ciudad. Así la ve el ingeniero francés Freyssier, quien la visita en 1712 y levanta un plano lleno de preciosos datos, que Peña Otaegui analiza y describe.

Otro terremoto en julio de 1730 acaba por segunda vez con la ciudad. Se levanta difícilmente de sus ruinas; cincuenta años más tarde, en 1782, cuenta ya con buenos edificios, casi todos proyectados por el famoso arquitecto D. Joaquín Toesca: Palacio de Moneda, Catedral, la Merced, Santa Ana, etc. Hacia los mismos años, se fundan nuevos conventos, sobre todo de monjas: clarisas, capuchinas y dominicas.

Para finalizar con el siglo XVIII, el autor nos ofrece una magnífica descripción de la sociedad chilena: costumbres, trajes, fiestas.

Aprovechando las narraciones de los viajeros que visitaron la ciudad durante el primer tercio del siglo XIX, nos hace de ella una amena pintura. Indica los cambios que fué sufriendo, en sus edificios, en sus calles y en sus casas. La visita de Mary Graham es ocasión para pintar y alabar, con toda justicia, a las santiagueñas de hacia 1820. Nos cuenta de los paseos, las tiendas, las cabalgatas fuera de la ciudad.

Hacia 1850 empiezan a levantarse grandes edificios y a perder la ciudad su tipo español característico. Igual que en México hacia la misma época, priva ese furor renovador y destructor de todo lo viejo que hizo que tantos tesoros se perdiesen: se tiran las casonas coloniales, se abren nuevas calles, se decoran, estilo pseudo gótico, las antiguas iglesias.

La ciudad cuenta con cien mil habitantes en 1852. El progreso toma entonces un ritmo rapidísimo, dice el autor, siempre a imitación de Europa y en desmedro de lo que era criollo y tradicional, como todo progreso que tiene que arrasar con lo que existía anteriormente.

Sin embargo, la transformación franca de la ciudad se inicia en 1872, borrando todo su carácter particular y creando una ciudad moderna debida, sobre todo, a D. Benjamín Vicuña Mackenna. Las costumbres también fueron cambiando, con cierta lentitud.

Actualmente Santiago de Chile es una de las ciudades más importantes de América del Sur, por su población, y por la cultura de sus habitantes.

Este es, en suma, el libro reseñado. En él se unen a una prosa fácil y correcta, amplios conocimientos históricos y un gran amor a la

ciudad reseñada. ¡Ojalá todas las ciudades sudamericanas tuvieran un cronista tan interesante!

Gonzalo Obregón, Jr.

El Colegio de México,
Centro de Estudios Históricos.

PÉREZ MARTÍNEZ, HÉCTOR: *Juárez (El Impasible)*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1945, 177 p., 18 cms.

Rodeado de esa luz con que la actualidad baña los rostros terriblemente humanos, la figura de Juárez vuelve a surgir evocada por Pérez Martínez, plena de sencillez, tal como era entre las vicisitudes de la vida cotidiana, sin esa frialdad estatuaría que tanto ha contribuído a que veamos en el prócer de la Reforma y de la República a un hombre que, a veces, por lo callado, nos parece fantasmal. No; este Juárez no es el que han puesto en caricatura los discursos vacuos, los elogios hiperbólicos, y que hasta en la película del cine casi no habla, casi se eclipsa delante del archiduque austríaco.

Pérez Martínez ha sido periodista y de los que saben hacer el buen reportaje. Por eso ha podido darnos un Juárez diferente, impasible, pero de carne y hueso. Le presenta como lo ha podido imaginar a través de los relatos de quienes le conocieron y de los documentos epistolares en que hay mucho de lo que Juárez no expresaba en público. De ahí que la lectura de este libro nos lleve a través de un alma que sintió sobre sí todos los huracanes de la pasión y del odio y también el frenesí de la apoteosis, y que más de una vez se vió abandonado, en trances difíciles, por algunos de sus compañeros de lucha.

Juárez vivió en perpetuo monólogo, y la habilidad de Pérez Martínez lo presenta dialogando con sus amigos íntimos, con su esposa doña Margarita y con don Guillermo Prieto, el gran poeta popular que tuvo en sus manos, sin que se le pegaran, los caudales de la Iglesia. Desde San Pablo de Guelatao hasta la mortal angina de pecho, el biógrafo lleva al héroe a través de todas sus tribulaciones, pero siempre le ve impertérrito. Un Juárez sin miedo y sin mancha de oro, que se asoma al espejo para anudarse la corbata y que se apoya en la memoria de Darío Balandrano para saber a qué ministro le corresponde el turno de la audiencia.

La Colección Austral ha tenido a bien incorporar a su serie famosa este libro, que, desde la primera edición, se ufana de ser el mejor antecedente de la biografía de Juárez. Podrá el lector no sentir por éste el respeto y la admiración que le niegan los que combaten aún la ideología

de aquellos liberales que fueron la mejor expresión humana de su tiempo y que nos parecen ahora una raza desaparecida de gigantes. Pero después de haberse sumergido en la lectura de estas páginas nadie podría negar que Pérez Martínez sabe ser un hábil escenógrafo y a la vez maestro de escena, y que, gracias a la rica vitalidad de sus evocaciones y a la sobriedad del estilo, logra reconstruir la atmósfera cargada de peligros en que Juárez se mantuvo sin sentir decaimiento ni menos desesperanza.

En la bibliografía juarista sobresalen los libros de Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*; Francisco Bulnes *El verdadero Juárez* y Fernando Ocaranza *Juárez y sus amigos*. El de Pérez Martínez permite comprender mejor al indio de Guelatao que atrajo hacia sí los dardos de peligrosos enemigos y que no podrá ser olvidado mientras haya un pueblo que luche por la defensa de su personalidad y que esté solidarizado con las angustias renovadoras de su época.

Rafael Heliodoro Valle.

México, D. F.

PERRY, RALPH BARTON: *Puritanism and Democracy*. New York, The Vanguard Press, 1944.

Although Ralph Barton Perry professes to write history, this book is as much a theological treatise, an essay in political philosophy and a sermon for the times. Quite rightly he believes that the historian must evaluate as well as narrate, and that present attitudes toward past values play a dynamic role in guiding social change. Truth, too, is the strongest weapon in the hands of men of good will.

Unfortunately, Professor Perry does not always fulfill these lofty promises. To evaluate the past validly, and thereby give contemporary men the weapons of truth that are to be found in the basic purposes of their culture, it is necessary to be precise, clear and focussed. Puritanism and Democracy, without any doubt, are among the fundamental attitudes that have entered into the formation of North American society and the character and mental equipment of many of its inhabitants. While he admits, to be sure, that there are other ideas, and assures that the book is limited to the discussion of these, nevertheless, Professor Perry has been guilty of a kind of philosophical imperialism on behalf of his watchwords.

Puritanism, in the first place, can not be identified in a wholesale fashion with the great Christian humanitarian tradition which both preceded and succeeded Calvinism. Tempered though Calvinism was in America by the recognition of greater equality of opportunity for

salvation, its essential attitude toward individual life remained severely disciplinary, harsh and restrictive. It unfortunately remains so today even in persons who have discarded the religious or theological projections of the attitude. Since Puritans were familiar with the great body of Christian literature, scriptural and other, they could not avoid finding justification for their impulses of mildness and mercy. It is misleading to give the credit for this to the Puritan creed.

It is equally misleading to press the quasi-revolutionary, utopian religious movements that sprang up among the down-trodden in the age of Puritanism into the same lump with the latter. The importance of such sects and of Methodism in America is indisputable. The same is true of Puritanism. In much of their history, however, these movements were antagonistic. The more strictly Calvinistic movements should not be given credit for the optimistic, democratic and egalitarian notions of the sects on the general plea that all were part of a broad Protestantism.

It is by such a diffuseness of method and super-imposition of catholicity that Professor Perry succeeds in conveying the impression that there was an agreement on essentials of Puritanism with Democracy. But while Puritanism was broadened to become humanitarian, Democracy was trimmed down to fit the exclusiveness and rigorism of the religious attitude. He contributes some of the finest and most illuminating passages to be found on the libertarian and individualistic ideas of the enlightenment; yet he fails to make the increasingly necessary distinction between liberalism and democracy, both as historical movements and idea complexes.

For his sources he leans heavily on such proponents of competitive economic individualism as Locke and the utilitarian Bentham and shares John Stuart Mill's desire to protect liberty from majorities. He passes over Rousseau and speaks disparagingly of Jefferson's faith in revolution and the common man. Yet it would be wrong to say that Perry is not keenly conscious of the failure of economic liberalism and sincerely anxious to meet the economic problems of an industrial society with whatever aid the state can provide. He remains, however, suspicious and hostile to movements of the common man to improve his lot, and fears a loss of the liberty and tolerance and opportunity to be reasonable his own basically liberal view demands.

In its original western European and subsequent North American phases, the revolt against feudalism and Catholicism was not a unified movement but two separate ones. Puritanism was largely middle class, supported economic liberalism and sought political constitutionalism. But there were also the sectaries composed predominantly of peasants

and artisans who supported radical economic programs and favored the direct wielding of political power in the interests of the exploited majority. The Secular Enlightenment similarly had its proponents of property, economic liberalism and constitutional government distinct from a more radical party. The utopian religious movements provided spiritual ancestry for this democratic and socialist secularism which has found its material roots in the labor movement.

In both their religious and secular forms the liberal and democratic movements have alternately collaborated and fought each other. In the United States and the United Nations they recently collaborated to defeat the axis of totalitarian imperialism. Professor Perry's part in that collaboration, particularly in American academic circles, was outstanding. Today, as democracy aspires for leadership in realizing the common goal of freedom and well-being for all humanity, Professor Perry's book is a defense of the liberal incumbency, written in the name of its democratic rival.

Charles E. Trinkaus, Jr.

Sarah Lawrence College.

PRIVITERA, JOSEPH F.: *The Latin American Front*. Milwaukee, Bruce Publishing Company, 1945, x-212 p., \$2.25.

This book is written for North Americans who find it difficult to accept the fact that the inhabitants of Latin America are considerably different from each other in spite of cultural and religious nearness. The author boldly runs the risk of presenting the picture of Latin America in terms of a vast whole, although it is just to say that Indian and Brazilian differences are given to show the variety of the Latin American scene. The aim of the writer, however, is primarily to explain Latin America and Latin American policy to the general public in the United States. He therefore gives most attention to matters of economic, political, and cultural significance.

The author has a special interest in the present status of the Good Neighbor policy, whose development he attributes to the personal qualities of Sumner Welles, the late President Roosevelt, and Henry Wallace. The inter-American aspect is the core of the book, and the author has a good deal to offer on the subject, while his account is well-written.

There is some surface treatment of the democratic movements in contemporary Mexico, Peru, and Chile, which gives the author opportunity to display his sympathies for the common man in America. At the same time, the religious approach to Latin American relations

is a conspicuous part of the argument. The result is a certain amount of controversial material about religious liberty in Latin America. In this connection the author has the virtue of frankness. The current vogue of psychiatric and even psychoanalytic explanations of national culture in Latin America is a novel part of the book.

Harry Bernstein.

Brooklyn College.

RAESLY, ELLIS LAWRENCE: *Portrait of the New Netherland*. New York, Columbia University Press, 1945, vii-370 p., \$4.00. (Columbia University Studies in English and Comparative Literature, Number 161).

The Dutch, whose great colonizing enterprizes girdled the globe, played a modest role in American settlement. Apart from a brief tenure in Brazil and from scattered activities in the Caribbean, the Hollanders had only a precarious footing at the mouth of the Hudson, never large, and hemmed in by extensive English and French holdings. Yet the brief span of New Netherland's history imparted a distinctive quality to New York society that persisted until well into the Nineteenth Century. Only immigration after 1820 effaced Dutch influence there.

Dr. Raesly's engaging book presents a well-rounded view of the social development of the colony from plantation to the surrender to the Duke of York. Drawing upon familiar sources, English and Dutch, the study examines the economic basis, the political structure, and the intellectual context of life at the edge of the wilderness. The narrative moves through successive portraits of the vivid personalities involved: David Pietersz DeVries the navigator, Adriaen Van der Denek the rebel, Petrus Stuyvesant, governor, Everhardus Begardus, man of religion, and Nicasius De Sille, soldier-poet. Occasional glances fall also upon the rank and file of farmers, artisans, traders, and laborers, although the sources here are too often silent, and the material sparse.

Although one could wish that its author had seized more frequently the opportunity to make comparisons in colonizing methods and experience, this is a satisfying work. Carefully and pleasantly written, and free of significant errors, it makes a welcome contribution to the literature of early American colonization.

Oscar Handlin.

Harvard University.

RAMÍREZ JUÁREZ, EVARISTO: *Próceres Olvidados*. Buenos Aires, Ciordia y Rodríguez, 1945, 68-1-[1]-2 p., 21 cms.

Como su nombre lo indica, Ramírez Juárez al realizar esta su obra póstuma se ocupa de desenterrar de los archivos oficiales y particulares, en una larga y meritoria labor de investigación, nombres de próceres que permanecían en el olvido más absoluto, a pesar de haber ocupado lugares prominentes en los días inciertos y de lucha que vivió la nación Argentina, desde las Invasiones Inglesas hasta abril de 1871, fecha en que fallece el último de sus biografiados. Sirviendo en la sanidad militar, estos próceres olvidados, fueron prodigando su ciencia de médicos, ya en las calles de Buenos Aires durante las Invasiones Inglesas, en las luchas por la Independencia en las provincias del interior, en los esteros paraguayos durante la guerra que la Argentina sostuvo con aquel país, en la lucha contra el malón, en las guerras civiles que tanta sangre de hermanos derramó por el suelo argentino, y finalmente en la terrible fiebre amarilla que en 1871 azotó a este país.

Son ellos: los médicos sanitarios Drs. Juan Madera, Manuel Antonio Casal, Joaquín Díaz de Bedoya y Caupolicán Molina.

El autor inicia su labor describiendo la vida y obra de Juan Madera, porteño, hijo de doña Tadea Terán y don Pedro Madera, quien comienza su vida pública como practicante de medicina durante las gloriosas jornadas porteñas de las Invasiones Inglesas, en 1806. En 1808 es designado Cirujano del Regimiento de Patricios, actuando con fervoroso patriotismo en todos los episodios que hoy forman la historia Argentina, hasta 1829 en que fallece en Buenos Aires.

En 1810 aparece firmando la Representación Popular, presidida por Saavedra, presentada al Cabildo pidiendo se nombrara una Junta.

Como médico de la Expedición a las Provincias del Interior, actúa en los combates de Cotagaita y Suipacha. Sigue con el ejército del Norte hasta Oruro, y toma parte en el encuentro de Huaqui. El autor, en nota que eleva al Ministro de Guerra, pidiendo se saque del anonimato el nombre de argentinos, cuando se deba rendir honores a los patricios de Mayo y de la Independencia, lo considera como el médico de sanidad que es más acreedor al agradecimiento del pueblo argentino, por ser el único de su carrera que ostenta los títulos de figurar firmando la Representación Popular, y de ser el primer médico designado en el Ejército Independiente.

Sigue el autor ocupándose de Manuel Antonio Casal: nacido en la provincia de Coruña (España), llegó al país siendo aún un niño, y después de cursar sus estudios en el Colegio Real de San Carlos, de Buenos Aires, siendo compañero de Juan Madera, se le halla trabajando en el

Hospital de Sangre instalado en el Convento de San Francisco durante las Invasiones Inglesas, pasando más tarde, por orden de Liniers, a Montevideo como médico cirujano de un cuerpo de tropas ligeras formado para reforzar la guarnición de aquella ciudad.

A pesar de ser español, casado con una porteña, se decide por la independencia americana y se pone al servicio de la causa libertadora. Su primer nombramiento como médico sanitario en la lucha contra el español, lo recibe de la Junta de Gobierno para prestar servicios en la Expedición enviada a las Provincias Interiores.

En 1811 se vió obligado a pedir su retiro debido a su grave estado de salud, a lo que accede el gobierno, destacando sus méritos.

Continúa en su labor el autor analizando la actuación de Joaquín Díaz de Bedoya, hijo de la ilustre ciudad de Salta, donde cursó sus primeros estudios trasladándose luego a París en donde siguió los estudios de medicina, doctorándose en aquella ciudad, en 1855.

Ya en su ciudad natal, entre la labor que realiza figura la creación de una biblioteca valiosa, que es concurrida por sus compañeros estudiosos, y entre ellos hallamos a Don Juan Martín Leguizamón, destacado bibliófilo argentino de fines del siglo pasado.

Bedoya figura en la Sanidad militar como cirujano principal del Ejército, durante la guerra con el Paraguay, actuando tanto en los hospitales de sangre, como en los campos de batalla. Tan meritoria fué la labor realizada por este gran hombre de ciencia, que el autor enriquece su biografía con gran profusión de documentos que atestiguan los elogiosos conceptos que el biografiado mereció del General Don Bartolomé Mitre.

Y termina su labor de investigación destacando la personalidad de Caupolicán Molina, hijo de la ciudad de Tucumán, quién inicia su carrera en lucha abierta con el malón del sur en 1855.

Declarada la guerra con el Paraguay, Molina fué uno de los primeros médicos que debieron trabajar en los hospitales de Sangre de Concordia y Paso de los Libres. Faltos de medios y recursos, además de los lugares infranqueables en que se desarrollaban las escenas de guerra, estos hombres al servicio de la humanidad fueron verdaderos héroes y apóstoles de la caridad. Viviendo horas de triunfos y derrotas como argentinos, socorriendo al herido para devolver una vida preciosa a la patria, esta fué, la nunca bien recordada labor de estos cuatro hombres que con tanto acierto supo Ramírez Juárez reunir en la posteridad.

Profusamente ilustrada con documentaciones, ya que el autor ha dado forma a estas biografías con base en una rica documentación histórica, esta obra es un gran valor más que se agrega a la historia argentina.

Minucioso y honrado en su labor investigadora, el Teniente Coronel Ramírez Juárez dejó asentado, una vez más, el cariño que sentía por la historia de su patria hasta el último instante de su vida en que lo sorprendió la muerte disertando sobre "La Conquista del Desierto".

Sara Sabor Vila.

Buenos Aires.

RAUCH, BASIL: *The History of the New Deal, 1933-1938*. New York, The Creative Age Press, Inc., 1944, \$2.50.

During the five-year period, 1933-1938, when the policies of the New Deal were enunciated and implemented by legislation, it was by no means easy for the average person to plot the course or interpret the trend. Confused in a maze of legislative acts, it was sometimes difficult to discern the transitory from the permanent, the important from the unimportant. It was clear in the early years that the administration itself was experimenting and by no means certain of the results. Many a citizen found it difficult to see the woods for the trees. It may yet be too early properly to evaluate the New Deal, but it is not too early to review the program and to appraise it in its immediate setting. Seven years have passed since the major program was written into specific acts.

In this unpretentious and essentially factual volume Mr. Rauch has not attempted the impossible. What he has attempted is an examination of the Roosevelt policies from 1933 to 1938 by a chronological development rather than the usual method of the economic historian who has preferred to divide the New Deal legislation into such subject matter as banking, relief, tariff and agriculture. This has enabled him to make clear the differentiation between what he calls the "First New Deal" and the "Second New Deal". The first period, as Rauch describes it, was based primarily on policies of economic nationalism, scarcity economics, governmental economy and high prices, all with the major objective of recovery from the depression. The "Second New Deal", which began in 1935, stressed an economy of abundance rather than of scarcity, and of international cooperation rather than economic nationalism. It stressed low prices and high purchasing power, sought the support of labor and had no inhibitions against deficit spending either for relief or to prime the pump of recovery. Above all it was interested in permanent reforms to bring some security to the masses.

There is much to be said for Mr. Rauch's method for there was clearly a certain shift in policy and emphasis in 1935, and this despite

the fact that certain objectives of the Roosevelt Administration seem fairly consistent throughout. One shift was a marked decline in efforts to aid and propitiate the group that Roosevelt called the "economic royalists". It is evident that Roosevelt himself as the years went on assumed a more liberal position in his desire to push social reform. Even a well informed reader who lived through the year of the New Deal may find surprises in this book. He may have forgotten, for example, the relative conservatism of the President during the early period and his reluctance to abandon the utterly discredited NIRA. He may be surprised to recall that the National Labor Relations Act was the one important piece of New Deal legislation not sponsored by the Administration.

Although sympathetic with the New Deal, the volume is about as objective as a discussion of such a controversial subject could be. The style is clear and the story well integrated. The development is essentially factual rather than interpretative. It should prove to be an extremely useful history of the first six years of the Roosevelt Administration.

Harold U. Faulkner.

Smith College.

RAVIGNANI, E.: *Inferencias sobre Juan Manuel de Rosas y otros ensayos.*

Buenos Aires, Editorial Huarpes, 1945, 142 p., 18.5 cms. (Biblioteca Enciclopédica Argentina).

Esta nueva obra del doctor Ravignani contiene tres ensayos. Dos se consagran a Rosas y uno a la organización política de la Nación Argentina.

No obstante la brevedad del texto, es fruto este libro de una bien meditada madurez y de largos años consagrados a la auténtica investigación histórica.

En la *Prelusión* con que se abre la obra establece el autor que no ha dado a la imprenta dicho volumen, sólo "para divulgar algunos conocimientos, sino también para despertar el interés hacia cuestiones substanciales de un período de la historia argentina que aún permanece en la penumbra de la ignorancia y el apasionamiento". Justa y leal apreciación, no obstante, —diremos—, la existencia de una profusa literatura histórica, tendenciosa en casi su totalidad, redactada por autores carentes de la suficiente responsabilidad para analizar e interpretar con acierto los acontecimientos del pasado, que mantienen en constante

confusión a lectores no especializados, con sus afanes de polémica estéril y a la vez interesada con fines proselitistas.

Bien ha hecho el doctor Ravignani en expresar en la *Prelusión* las causas del embanderamiento de algunos escritores "que invocan el título de historiadores sin lograr la debida categoría exigida por esta fina disciplina científica. Con esto, queremos decir que el requisito esencial de un verdadero historiador reposa en el conocimiento profundo del asunto, abonado por un criterio objetivo que lo habilite para valorar la verdad. De ahí que nada sea más pernicioso que la historia pragmática, en asuntos que responden a los intereses de familia, de clase, o de ideologías causantes de debates candentes". Explicada la posición mental del autor, frente a los hechos que estudia, se abre la obra con el primer trabajo, titulado escuetamente *Juan Manuel de Rosas*, en el que analiza la figura del mismo a través de las pruebas que suministran sus propios actos.

El segundo de los ensayos dedicados al mismo personaje, es el titulado: *La política internacional de España al comenzar el primer gobierno de Rosas*, basado en una importante documentación de origen diplomático, producida por los representantes españoles en países de Europa y, en particular, por los radicados en los Estados Unidos de América en donde se había montado un activo centro de espionaje que permitió a España seguir con precisión las distintas fases del desenvolvimiento de la política interna de los países americanos.

El tercero de los estudios que integran el volumen, lleva por título *Organización política de nuestra nacionalidad*. Se trata de una síntesis histórica sobre el amplio tema que le da título. Arranca desde los primeros momentos de iniciarse la independencia y en su desarrollo se señala la evolución partidista y las formas de gobierno que se suceden en el largo proceso que culmina en 1862, en que "se verifica la última etapa de la fraternidad nacional, mediante la entente de los dos hombres representativos de entonces, Urquiza y Mitre".

Los tres estudios que componen el volumen son dignos de la pluma del ilustre maestro que lo firma. Por la forma de la exposición y por el criterio que ha imperado en su elaboración, puede servir de modelo a quienes presumen de escribir historia, sin penetrar en el espíritu de la época, ni en el sentido de la documentación que usan o exhuman.

José Torre Revello.

Buenos Aires.

ROJAS, R.: *El Profeta de la Pampa, Vida de Sarmiento*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1945, 728 p., 21 cms.

En esta obra despaciosamente elaborada ha puesto Ricardo Rojas sus mejores entusiasmos y ha alcanzado un éxito rotundo. Muchas biografías han sido escritas hasta el presente sobre la poliédrica personalidad de Sarmiento, pero a nuestro juicio ninguna ha puesto de relieve en forma tan precisa las múltiples facetas del autor del *Facundo*.

Don Ricardo Rojas dice al iniciar su obra que: "Durante treinta años he estudiado a Sarmiento con el propósito de escribir su *vida*, pero no empecé a escribirla sino cuando el personaje, se movió por sí mismo con apremiante impulso, buscando alcanzar existencia propia, como las criaturas del arte. Agotada —prosigue— la información que podía hallarse en bibliotecas, archivos, museos —fuentes de conocimiento intelectual— superé luego esa etapa de mi labor, para trascender al plano de la creación estética, necesariamente emocional e intuitiva. Una vez documentada la persona del protagonista, con sólo dejarla vivir, manó espontánea la verídica narración de su aventura".

Las primeras indagaciones en torno a Sarmiento las inició el A. en 1910. Desde entonces hasta nuestros días no ha cesado de estudiar al personaje a través de ediciones críticas y selección y prólogo que hizo últimamente de sus escritos para el volumen titulado *El pensamiento vivo de Sarmiento*. Lo expuesto, justamente le hace expresar: "Muchos años de estudio, pues, han precedido a esta biografía". La razón que ha llevado a don Ricardo Rojas a estampar esa manifestación, se debe al propósito de señalar que no es un improvisado en el tema, y sobre todo, para dejar establecida la prioridad en juicios e ideas expresadas en distintas oportunidades.

Además de las fuentes impresas, el A. se ha valido de piezas inéditas existentes en archivos públicos, contando también con una autobiografía de Sarmiento, que el eminente hombre dedicó a don Jacob Larrain y que un hijo de éste, el doctor Luis M. Larrain, cedió al autor de la obra.

No olvida por supuesto el A. de recordar los escritos de los enemigos y detractores de Sarmiento, porque ellos contribuyen a perfilar su existencia, ya que su vida, al decir de Rojas, fué un combate y por lo tanto no debían faltar como testimonio para su biografía.

Inspira y conduce la obra que comentamos "una idea que permite caracterizar lo que hay de original en Sarmiento, entender lo dramático de su pasión cívica, lo ocasional de su predicación política, lo transitorio de sus polémicas, lo americano de su genialidad y lo universal de su grandeza". Luces y sombras que definen rasgos y que diseñan la

figura humana de Sarmiento, que "sintió en sí mismo lo patético de su tierra y se erigió en su intérprete". Entre nubes de polvo —muy joven— conoció Sarmiento todos los caminos que circundaban la ciudad nativa, San Juan, al pie del Ande gigantesco, y muy joven también, hubo de recorrer esos senderos camino al destierro.

El periodismo fué su arma favorita de lucha y la escuela constante preocupación destinada a vencer con ella a la barbarie y al despotismo.

Dejó escritas páginas imperecederas y la gratitud nacional las recuerda con emoción. Fué el *Profeta de la Pampa*, porque en su abo-lengo —dice Rojas— hubo un resabio arábigo "y algo berberisco en aquel oasis entre las travesías donde él se crió. Tantas especies mezcláronse en él, que resultó la liga de un hombre nuevo: personaje sin modelo anterior y sin posible repetición, porque no volverán a repetirse las circunstancias que lo formaron".

La biografía del personaje no se reduce en el libro que comentamos a la crónica anecdótica o documentada de su existencia. En el desarrollo del mismo, se enlaza el personaje con lugares y acontecimientos en los que vivió y actuó, de manera que su acción tiene ambiente y amplitud de cosa vivida. La palabra de Sarmiento entra en acción a cada instante. Se le ve actuar y mover. Su espíritu se halla presente en todo instante, adquiriendo el biografiado relieves que definen su alta y noble fisonomía humana.

Mucho nos place señalar la importancia de esta biografía del *Profeta de la Pampa*, por la riqueza de su contenido espiritual y por la forma como se ha logrado.

José Torre Revello.

Buenos Aires.

ROLLINS, CLINTON: *William Walker*. Managua, Nicaragua, C. A., Editorial Nuevos Horizontes, 1945, 170 p.

De la extensa bibliografía que se ha publicado en torno de la figura apasionante de William Walker, es este libro, sin duda, uno de los más interesantes. El autor, Clinton Rollins, fué compañero de Walker en su expedición al Estado de Sonora en 1853, y por un azar de la fortuna hubo también de acompañarlo a Nicaragua en su famosa aventura de los años 55 y 56. A fines de 1909, "en una cabaña solitaria de las montañas de Cocopah, a larga distancia de la línea divisoria de los Estados Unidos y en territorio mexicano", Clinton Rollins, contando con sesenta y pico de años, se dispuso a escribir las memorias de sus aventuras, que poco después se publicaron en el "San Francisco Chronicle" y luego en

forma de libro con este sugestivo título: *Filibustering with Walker (Reminiscences of Wild Days on the Pacific)* del ex-bucanero Clinton Rollins.

William Walker también escribió sus memorias, aunque en tercera persona. Se publicaron éstas en New Orleans en 1856 con el título *The War of Nicaragua* y ya tienen dos versiones al español, debidas a dos centroamericanos ilustres, don Fabio Carnevalini y don Ricardo Fernández Guardia. Y quedan todavía por traducir las *Reminiscences of the Filibuster War in Nicaragua* (New York and London, 1886) de C. W. Doubleday, y *With Walker in Nicaragua or Reminiscences of an Officer of American Phalanx* (Columbia, Missouri, 1909) de James Carson Jamison; ambos fueron también compañeros de Walker en su malhadada empresa.

De todos estos libros de escritores filibusteros, el de Rollins ofrece particular interés, no porque nos presente un Walker diferente sino porque está escrito desde un punto de vista más humano. El escritor aquí no es el historiador profesional ni el orgulloso jefe de la expedición, sino un soldado cualquiera, que ha tenido una vida llena de incidentes pintorescos y cuya mayor parte la ha pasado entre "hispanoamericanos, a quienes ha aprendido a querer". Esta obra, por eso, además de su valor estrictamente histórico—aumentado éste por los estudios que le preceden y anteceden y por las cuidadosas notas al texto—tiene un sabor literario que la hace legible con agrado. Un fino humor recorre las páginas. Veamos cómo un viejo de sesenta y tantos, sin pretensiones literarias, sabe poner vida a los recuerdos de su infancia.

"Yo nací en Nueva Inglaterra, heredando un árbol genealógico puritano de alguna consideración. Mis padres creyeron hacer de mí un ministro de la Iglesia, para lo cual me enviaron a una ciudad pequeña y tranquila para que asistiera a una escuela privada regentada por un sacerdote... Recibí dinero para que fuera a pasar vacaciones a casa de mis padres y con él compré un billete de ferrocarril para la ciudad de Nueva York, y no creo que a esta fecha nadie de mi familia sepa de mi paradero; esto parecerá romántico y hasta heroico; después de todo es bastante recomendable".

La traducción del inglés se debe al costarricense Guillermo Figueroa, la corrección y notas al nicaragüense Arturo Ortega, que en la época en que se publicaron las memorias de Rollins en forma de serie periodística, ocupaban un cargo consular de sus respectivos países en San Francisco de California. Un estudio crítico e interpretativo titulado *Un libro sobre William Walker* del doctor Carlos Cuadra Pasos, aumenta el valor histórico de la obra. Una Introducción y un artículo "Romanticismo y sentimentalismo de William Walker" al final, debidos

a Arturo Ortega, hacen resaltar la importancia del libro de Rollins, así como resumen en gran parte las últimas investigaciones sobre la vida de Walker publicadas por Lawrence Green en su obra *El Filibustero. Hazañas de Walker* (Indianápolis, 1937).

Ernesto Mejía Sánchez.

México, D. F.

ROSENBLAT, A.: *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad*. Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1945, 300 p., 16 láminas, 31 cms.

El presente volumen es el tercero de la serie *Stirps quaestionis* que bajo su patrocinio edita la Institución Cultural Española de Buenos Aires. En nota liminar, expresa el centro editor que "las frases hiperbólicas, los apóstrofes, el énfasis y la ironía no figuran en este libro singular, que diríase escrito por una dialéctica socrática, porque en él van enlazándose poco a poco las palabras y los números hasta dejar prendidas en el ánimo del lector todas las luces del convencimiento", Juicio equitativo, que suscribimos íntegramente sin reserva alguna.

El autor trató el mismo tema en 1935, en la revista *Tierra Firme*, que editaba el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Desde entonces ha venido completándolo con nuevas investigaciones. Para alcanzar éxito en la empresa viajó y consultó obras impresas y manuscritas que pudieran aportar referencias de interés.

El desarrollo de la obra, por la índole de su género, ha llevado al autor a "remontar el curso de la historia, en ir de lo conocido a lo desconocido, desde la actualidad hasta el año 1492, en que se origina el descubrimiento para aclarar en lo posible el número de habitantes que entonces moraban en el continente.

En la introducción de la obra pregunta Rosenblat: "¿Qué población tenía el continente americano al entrar en contacto con el hombre occidental?". Problema—como arguye—que ha tentado por igual a los amigos de la fantasía que a los investigadores científicos y señala la disparidad de opiniones expuestas hasta el presente sobre las cifras que se han ido adjudicando a distintos sectores del Nuevo Mundo.

Trata el capítulo primero sobre la población indígena en la actualidad (1940), que se fija en algo más de 16.000.000, es decir, un 5.91 por ciento de la población total, fijada en 275.000.000. Señala cómo en los últimos decenios han venido mermando algunas parcialidades indígenas hasta extinguirse, en cambio otras han ido en aumento, aunque

“ninguna tribu vive hoy la vida de sus antepasados”. La cultura europea y hasta elementos de la raza africana se han incorporado a la vida indígena hasta convertirse en patrimonio propio.

Agudas observaciones va exponiendo el autor a través de las densas páginas del libro, llegando a la conclusión de que “el indio puro podrá subsistir unos siglos más relegado a islotes de poca importancia en regiones casi inaccesibles de la meseta o de la selva”

El segundo capítulo trata de la población indígena al declararse la independencia hispanoamericana (1810-1825) que calcula en algo más de 8.000,000, sobre una población de 34.000,000. Recuerda la activa participación del indígena en la gesta emancipadora y establece que la Independencia incorporó al indio a la vida nacional de los nuevos países. “Desde la aldea indígena —escribe el autor— emergieron algunas figuras de indios que llegaron al primer plano de la vida eclesiástica, cultural y política”. La guerra civil que se desarrolló después en diversos pueblos nutrió las filas de los combatientes con la intervención del indígena.

Se consagra el tercer capítulo a la población indígena hacia 1650, que calcula en algo más de 10.000,000 sobre 12.000,000 de habitantes. En este período, expresa Rosenblat, la historia del indio, es la del régimen de trabajo en la mita y la encomienda. Da valiosos pormenores sobre los indios sometidos a esos regímenes y causas que impedían el crecimiento de los naturales del suelo.

El cuarto capítulo estudia la población indígena en 1570, que se establece en poco más de 10.000,000 sobre un total superior a 11.000,000. En el quinto capítulo fija, de acuerdo con variadas pruebas severamente revisadas, la población de nuestro continente en 1492, dando las siguientes cifras: Norteamérica al norte del Río Grande, 1.000,000; México, América Central y Antillas, 5.600,000; y América del Sur, 6.785,000, que hacen un total de 13.385,000 habitantes. Estas cifras, aclara el autor, “tienen sin duda un valor histórico, aunque no, desde luego, un valor estadístico”.

Entrar en cada una de las múltiples consideraciones que expone el autor, nos llevaría a ocupar numerosas páginas, circunstancia que nos inhibe de tratarlas, y que explican las causas que hicieron disminuir a raíz de la conquista la población indígena del Nuevo Mundo.

El sexto capítulo se dedica a conclusiones generales, donde queda establecido que si bien la población indígena llega acrecida en números a nuestros días, en cambio se halla muy mermada su integridad racial.

Siguen a continuación de los capítulos expuestos seis apéndices en donde se recogen todas las fuentes utilizadas por el autor en el desarrollo de su intenso estudio.

El sexto de los apéndices se dedica al mestizaje y las castas coloniales, explicándose con gran acopio de datos las diferencias establecidas a partir de los primeros años de la conquista.

Por la honestidad con que se ha realizado la obra, por la seriedad y los amplios conocimientos que demuestra poseer el autor, por la finalidad científica en que se ha inspirado, este libro del señor Angel Rosenblat merece ser calificado de singular y extraordinario. Puede ser modelo y ejemplo para demostrar que cuando se trabaja sin afán de notoriedad y sin buscar tesis novedosas que a nada conducen, se pueden realizar obras que a medida que el tiempo avanza, serán señaladas como pilares fundamentales de la historia americana.

José Torre Revello.

Buenos Aires.

SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO: *Breve Historia de América*. México, D. F., Ediciones Coli, 1944, xxii-2-664 p., 20 cms.

Conforme al plan del autor, el texto del libro está dividido en 7 partes: (1) América aborigen; (2) Conquista y guerras civiles; (3) La Colonia; (4) Insurrección e Independencia; (5) El caudillo nacionalista; (6) Definición de los Estados y (7) América en la comunidad de las naciones y su definición como continente.

Se trata de una nueva tentativa para servir a quienes desean iniciarse en el estudio de la historia de América. Esta literatura didáctica es numerosa, y a ella han contribuido con obras que siguen siendo dignas de aprecio, porque en ciertos aspectos continúan teniendo validez, Diego Barros Arana, Manuel Serrano y Sanz, Jorge Guillermo Leguía, Carlos Bosque, Ricardo Levene, Carlos Pereyra, Nicolás Espinosa Cordero y otros. El señor Sánchez había publicado en Santiago de Chile (1942) su *Historia General de América*, y en este compendio ha logrado presentar un panorama que ofrece facilidad para ser revisado, gracias a la oportuna división y subdivisión de los capítulos. Ha dado preferencia, como ha sido la costumbre, a todo cuanto se refiere a los acontecimientos políticos y militares, dejando en segundo término lo que atañe al desenvolvimiento de la cultura y de los problemas sociales, si bien proporciona informaciones sobre los progresos artísticos y científicos que en este hemisferio se han logrado.

Es conveniente advertir algunos de los errores capitales que aparecen en este libro y que, de seguro, serán subsanados en nueva edición. Hay también que lamentar la falta de una bibliografía al final de cada uno

de los siete capítulos, porque el principiante y hasta el hombre de estudio necesitan conocer aquellas fuentes de documentación que permiten ahondar algunos temas. Señalemos —con afán constructivo y, por consiguiente, nada pernicioso—, algunos gazapos, que, por la precipitación con que el señor Sánchez trabaja, merecen ser puntualizados, para beneficio de todos.

Afirma el señor Sánchez que Alvar Núñez Cabeza de Vaca tomó parte en la conquista de California, (pp. 148 y 170) aunque es bien sabido que sólo recorrió el sur de los Estados Unidos, antes de internarse en el territorio actual de México; que Bernal Díaz del Castillo escribió la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva Castilla* (p. 289), en vez de la de Nueva España; que Diego de Gante (p. 294) en vez de Pedro de Gante dirigió un taller de pintura en la ciudad de México; que hubo un pintor Rodrigo de Cifuentes, que hizo los retratos de Hernán Cortés y doña Marina (p. 294), a pesar de que ya está demostrado que ese nombre fué un embuste inventado por el Conde la Cortina. Dice también que el primer diario de América apareció en México en 1805 (p. 344), olvidando que antes había aparecido el *Boston News Letter*, de John Campbell (1704). Nos habla del tratado de Guadalupe Victoria (p. 523), que es el nombre del primer presidente de México, en vez de referirse al de Guadalupe Hidalgo; del aventurero francés Revussat (p. 524), cambiando así el nombre de Raoussat de Boulbon; y del arzobispo Labarthe (p. 527), transformando así el apellido de Monseñor Labastida.

Son dignas de notarse también algunas omisiones. Ya que se refirió a los santos católicos, echó en olvido a San Felipe de Jesús; al hablar de la agitación intelectual que se operó en América Española en el último cuarto del siglo XVIII, no menciona a personalidades tan esclarecidas en la historia del renacimiento científico de México, tales como José Mariano Muciño, José Antonio Alzate, José Ignacio Bartolache, Joaquín Velázquez de León, Antonio de León y Gama y Francisco Javier Gamboa; y en Centroamérica a José Antonio de Liendo y Goicoechea, su discípulo José Cecilio del Valle y el médico José Felipe Flores, inventor del maniquí anatómico y uno de los primeros que se preocuparon por el estudio de la electricidad. Cuando habla de las conspiraciones que iniciaron el movimiento emancipador olvida, entre otras, a la que en 1811 encabezaron los próceres de San Salvador. ¿Y quién es ese Juan Humboldt (p. 342) a quien se refiere, de seguro confundiéndolo con Jorge Juan?

Es posible que para respetar el título de breve, el autor no haya querido presentar los valores más significados que la América Española ha tenido en su vida independiente, y de ahí que el cuadro resulte in-

completo, porque en él sólo aparecen matanzas, intrigas palatinas, litigios de límites y las idas y venidas de liberales y conservadores disputándose el poder. No desconocemos la importancia que este libro tiene, como un nuevo hito hacia el texto de historia de América que seguimos esperando. El señor Sánchez es actualmente Rector de la Universidad de San Marcos, en Lima, y puede, el día menos pensado, darnos la grata sorpresa de transformar este libro en un instrumento de trabajo que, purgado de los errores que se apuntan, sirva eficazmente a los estudiosos.

Rafael Heliodoro Valle.

México, D. F.

SANDS, WILLIAM FRANKLIN (in collaboration with J. M. Lalley): *Our Jungle Diplomacy*. Chapell Hill, N. C., University of North Carolina Press, 1944, 240 p., \$2.50.

If one is willing to thrust aside all foolish ideas of morality in international relations and accept Mr. Sand's thesis that the cure for power politics is more and better power politics, one will undoubtedly enjoy this absorbing adventure story without any twinges in the area of one's political conscience.

The body of this book is a swashbuckling tale of subtle and not so subtle diplomacy as experienced and practiced by one American diplomat in various Latin American countries in the period 1904-1911. Exciting, occasionally revealing and informative, amusingly written, possessed of a consistent cynicism which "realistic" men usually refer to as "refreshing", these memoirs leap from one high point to another of Sand's Latin American career. This career starts with diplomatic troubleshooting in the tumultuous, new-born Panamanian Republic a few months after Theodore Roosevelt's expert obstetrical advice on the Caesarian birth of nations had proved so successful. In rapid order vignettes of *Realpolitik* in Guatemala during the dictatorship of Estrada Cabrera, in Mexico shortly before the abdication of Porfirio Díaz, and again in Guatemala, flash before one's eyes. The final vivid glimpse is of the 1911 revolution in Ecuador which ousted Alfaro.

Let there be no misunderstanding: the material of this book has been selected with an eye to drama, and the resulting account *is*, without question, highly dramatic. At times it is even palatably melodramatic.

It is not, however, good history. Furthermore, its analysis of diplomacy and foreign policy, then and now—for Mr. Sands tosses in a hatful of comments on present-day foreign affairs—is open to serious

question. Certainly it is unkind to attack an autobiography on the grounds that it is unscholarly and politically shortsighted, but when the author interlard his entire story with strangely superficial historical parallelisms and sweeping generalizations which attempt to prove that there was no essential difference between Japanese foreign policy before 1941 and American foreign policy before 1910, and with a persistent thesis which claims that United States foreign policy was then and is now a matter of utterly directionless "meanderings in the jungle" simply because our statesmen have had an imperfect appreciation of the beauty and wisdom of really playing imperial power politics for keeps, then this extraneous aspect of the autobiography must be severely criticized. Moreover, the amorality of the diplomatist will disturb, perhaps, the rare supporter of morality in international affairs, though this obviously should not be any new experience for the moralist.

In sum, then, Mr. Sands has made a valuable contribution to our supply of anecdotes about the personalities and conflicts of personalities in the sorry days of "dollar diplomacy". He has given us, however, only minor assistance in explaining the real nature of dollar diplomacy. And unfortunately, he has done us real disservice in muddying and obscuring the actual character of modern United States foreign policy in general, and in particular, of United States policy in Latin America since Stimson's acceptance in 1929 of J. Reuben Clark's narrower interpretation of the Monroe Doctrine.

Alan Burr Overstreet.

Wesleyan University.

SANTOS, S. J., ANGEL: *Jesuitas en el Polo Norte. La Misión de Alaska.* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1943, 546 p., ils., mapas, 24 cms.

El autor, doctor en Filosofía y Letras (Sección de Historia), se propone dar a conocer "lo que en Alaska trabajan y sufren" los misioneros de la Compañía de Jesús. Y lo hace científicamente en esta completa y excelente monografía, que es la primera de su tema y amplitud en lengua española.

Divide la obra en 16 capítulos. Consagra los primeros a trazar el marco geográfico y el topográfico, el cuadro histórico y la etnografía y la religión de Alaska (I-V). Emprende en seguida la tarea de reseñar la obra misional de los ortodoxos rusos y de los protestantes, antecesores de los jesuitas y luego sus compañeros o rivales (VI-VII). Y dedica los restantes a la historia de la misión jesuítica alaskaña (IX-XVI).

Esta última parte, que es la medular de la monografía, se basa principalmente en las cartas de los misioneros. Las demás tienen por fuente una copiosa bibliografía. Y para el episodio hispano-mexicano del Cuadro Histórico (Cap. II) relativo a la toma de posesión de Alaska por los españoles de la Nueva España, sirve la correspondencia inédita que se halla en el Archivo de Simancas, cruzada entre el Marqués del Campo, Embajador de España en Inglaterra, y los respectivos Gabinetes de Londres y Madrid. También se aprovechan al mismo respecto diversos diarios, cartas y relaciones que se conservan en el Museo Naval madrileño.

Los cuadros de la vida misional son de formidable realismo, dibujados del natural por sus actores los misioneros, cuyas cartas selecciona y coordina admirablemente el Dr. Santos. Tales son, por ejemplo: la furia de los blizzards, una tempestad furiosa en Kotzebue, la primera víctima polar; la muerte trágica del fundador de la Misión Esquimal Monseñor Seghers (1886); duro lecho de nieve; los compañeros asiduos del misionero—perros y trineos—; ante el espectro del hambre; la oftalmía de las nieves; la soledad de la tundra, etc.

Y no menos magistrales son las biografías de los "Héroes de los hielos polares", en las que cada tema es una epopeya grandiosa.

En el capítulo VII, referente a los protestantes, podría parecer, por el primer párrafo—"intromisión protestante"—, que el autor no iba a exponer imparcialmente el asunto. Mas no es así, pues reconoce también lo bueno. "Hay que confesar—dice el Dr. Santos en la pág. 196— que gran parte de los maestros (protestantes) que tienen a su cargo la instrucción de los alaskaños vuelan allá a sepultarse entre las nieves eternas del Polo llevados por motivos elevados de altruismo; cuántos de ellos viven en puntos donde el sol invernal permanece oculto durante un período de seis semanas, y donde las oportunidades del intercambio comercial han de estar forzosamente limitadas. Al igual que nuestros misioneros católicos, vense muchas veces separados por distancias de más de 200 kilómetros del compañero blanco de la próxima escuela oficial, contentándose con no recibir provisiones más que una vez cada año, entonces, sobre todo, cuando el empleo del aeroplano no era todavía de uso común y ordinario".

Inexacta resulta y puede dar lugar a error, la división política del mapa correspondiente al siglo XVIII, sobre las exploraciones españolas realizadas en ese mismo siglo, ya que ahí se pone la actual división y no la de aquella época, en la que la Costa Occidental de Norte América se consideraba como de la Nueva España, con las salvedades que indica el propio autor en el cap. II.

José Bravo Ugarte.

México, D. F.

SHANNON, FRED A.: *The Farmer's Last Frontier. Agriculture, 1860-1897.* (Volume V. *The Economic History of the United States*). New York and Toronto, Farrar & Rinehart, Inc., 1945, xiv-434 p., \$3.75.

This is the first published volume of an ambitious, co-operative economic history of the United States. Judging from this book, on the assumption that the author speaks for his associate editors, the nine volume series is not designed to provide a strictly technical treatment from the viewpoint of the institutional economist. Neither is it projected against a well-defined pattern of economic theory, nor is it pre-occupied with the influence of developing economic institutions and practices upon other fields of action. The five editors, none of whom are economists in the technical sense, intend to write economic history with emphasis upon man at the center of economic activity rather than upon institutions or ideas. In his study of agriculture in the United States from 1860 to 1897, therefore, Professor Shannon focusses directly upon the farmer. From this standpoint the narrative ranges over a wide variety of technical and non-technical subjects. The result is a treatise that will prove indispensable to most students of the history of the United States in the late nineteenth century.

The author presents his findings in a terse, restrained style. Nevertheless, he does hesitate to speak frankly on controversial issues nor to employ such a term as "fraud" when describing the speculative land grabbing and railroad rate policies of the period. Without saying so directly, he makes clear the many ways in which the southern and western rural areas were held in a depressed colonial status by inter-sectional economic arrangements that drained off agriculture's capital increment to the northeast. Few farmers, it is clear, were invited to the "Great Barbecue" by the masters of revels in the "Gilded Age". Realism characterizes the entire book.

Mr. Shannon tells the story of agriculture as it filled the Great West in one last, great expansive surge, and came to grips everywhere with the limitations of soils, climates, and other regional differences. The tale is one of imperfect adjustment by farmers less aware of the technical farming problems involved than of such strictly non-agricultural developments as land monopoly, railroad brigandage, an extortionate credit system, and unfriendly governments. The slow decay of individualism and continuing mobility handicapped all efforts toward co-operative self help. Partisanship diminished the effectiveness of independent political action.

A notable contribution is the careful analysis of American soils,

based upon the pioneer research of Russian scientists. This indicates how difficult it was for farmers to succeed in new locations as they moved from one to another of the 1,750 soil types in the United States. It makes clear the great advantage in fertility that enabled the Prairie states to establish their pre-eminence over all other agricultural regions before 1900. Especially striking is the description of the national land policy that fostered large scale land monopoly and premature tenancy instead of the homestead democracy that Republican farmers voted for. Farm tenancy, it is plain, furnished a ladder for descent into peonage in the South and into inarticulate, economic insecurity on the Prairies. Far more constructive than the national land policy was the program of regulation, research, and education developed under the leadership of the United States Department of Agriculture.

Professor Shannon offers honorable burial to the "safety-valve theory" after discovering the source of frontier farmers in the adjacent, settled region to the east, and noting that the urban movement predominated over westward rural migration in the period. A possible exception can be found in the rural Southwest, which seems to have offered to the Southeast as far away as Georgia an outlet for migrants greater than the retarded urban development in those two great regions. Aside from this it seems indubitable that the rising city was "a safety valve for rural discontent". (P. 359). Important contributions are made in the account of farm mechanization, the discussion of marketing and credit problems of southern cotton farmers and the range cattle industry, and the frank portrayal of their social effects. Equally valuable is the analysis of specialized agricultural adjustments in the East and Far West, co-operative marketing and insurance, and rural living standards. In minimizing distributive co-operation, the narrative overlooks solid achievements at Rockwell, Iowa; Johnson County, Kansas; Ispeming, Michigan; and the Texas Co-operative Wholesale Association at Galveston; and the American Co-operative Union organized at St. Louis in July, 1896, to propagate co-operative principles in the Middle West. Space might have been given, in the able description of the "Livestock Frontier", to the effect of the export market upon cattle breeding and upon the sudden influx of alien capital that led to the disastrous overexpansion of the eighties. The final, critical chapter on "The Literature of the Subject" is especially fine.

Chester McA. Destler.

Berkeley College,
Yale University.

SLONIMSKY, NICOLAS: *Music of Latin America*. New York, Thomas Y. Crowell Co., 1945, 352 p., \$3.50.

That there exists a real need for a good full-length book on the music of Latin America is only too well known. Unhappily, Mr. Slonimsky in the present volume has not measured up to the standards of good scholarship, either in his literary or his factual presentation. It is customary for a book's jacket to make the most of the author's achievements and qualifications, but for the author himself to indulge in lavish self-advertising, as is done in the first pages of this book, is certainly unusual. Unfortunately, Mr. Slonimsky combines his conceit with a breezy style in which problems of real interest to the student are but superficially considered or, as the author himself admits, with "frivolous profundity". In a journalese all his own he says, "I drew up a formula expressing the necessary requirements for a musician to be put on a geo-musical map. . . a formula for musicological eligibility". With this announcement there follows a rather startling dissertation on the relative merits of musical genres: quality being constant, an opera should be worth two symphonies, a symphony two string quartets and a string quartet 25 songs! A mediocre talent assumes increasing importance the more primitive its cultural environment becomes. Therefore,

"lexicographical eligibility ought to be measured in the inverse ratio to the state of local culture. Let P stand for popularity and Q for quality. The "Formula for Musicological Eligibility" will then appear as follows: Eligibility equals $PQ (100 \times \text{Opera} + 50 \times \text{Symphony} + 25 \times \text{Chamber Music} + 5 \times \text{Piano} + 1 \times \text{Song}) \div \text{Musiculture}$ ".

Nor does Mr. Slonimsky make any bones about his fondness for phrases of his own coining. The fusion of a folk melody and the harmony of a composer like Mussorgsky or Chopin or Grieg becomes "*Musical Syncretism*" and in the author's opinion the acceptance of such a term would fill a definite "lacuna" in musical aesthetics. Even the most uninformed layman would find it difficult to accept some of the figments of Mr. Slonimsky's imagination. The melancholy and plaintive melodies sung in the Bolivian highlands, we are told, can be traced to the bleak landscape and the rarefied air of the mountains, in contrast to the colorful and rhythmically varied songs of the Bolivian valleys. According to this theory no melancholy airs should be sung on the canals of Venice and any lusty exuberance in the Swiss Alps would be out of place, for a sociological rather than a physiological explanation does not seem to occur to our author. His hypotheses on the origin and character of the pentatonic scale are equally astonishing, the more so since the

theories of established scholars in the field, who have pondered this problem for almost half a century, are not even mentioned.

Early in the book the author quotes in full length a Guatemalan critic who advises him to conduct his Pan American fishing trip, not with a net, but with a rod. Even more aptly a Mexican friend calls the musical haul "garbage" or, worse, "garbage of garbage". Nevertheless, space is indiscriminately allotted to all comers regardless of quality, the author's apology implying that it is difficult, in dealing with the nineteenth and twentieth centuries to separate the wheat from the chaff. But granting even that, can there be any excuse for numerous factual inaccuracies and painful repetitiveness? To say that "the creative musician occupies an exalted place in the social fabric of the Latin American countries and is given whole-hearted support by the government" is untenable, nor do the examples given remotely substantiate the thesis. One is equally at a loss to understand from what evidence Mr. Slonimsky derives his statement that music publishing is a prolific business in South America. There is, of course, no way of telling by what "profoundly frivolous" equations Mr. Slonimsky arrives at the term *prolific*, not to mention his unwillingness to use a rod instead of a net, but all available evidence shows that the business of music publishing south of the United States is, with one or two exceptions, in a distinctly backward stage. Not only does the book abound in such inaccuracies but in at least one instance (pages 23 and 272) Mr. Slonimsky flatly contradicts himself.

The author's penchant for saying the same thing twice, often only a page or two distant, has the curious effect of making the reader feel that he has been unwittingly turning the pages of the book backward:

"Thanks to a German scholar naturalized in Uruguay, Francisco Curt Lange, Montevideo has become a center of Latin American musicology. As part of his multifarious activities in behalf of Latin American music, Lange publishes the *Boletín Latino-Americano de Música*, and heads a co-operative music publishing firm, *Editorial Co-operativa Interamericana de Compositores*. Lange is also the founder and director of the *Discooteca Nacional de Uruguay*, which possesses one of the richest collections of phonograph records in Latin America". (p. 283).

"Francisco Curt Lange... was born in Eilenburg, Germany... The most important product of his labors is the publication of five voluminous issues of the *Boletín Latino-Americano de Música*, which constitutes a veritable archive of Latin American musicology. In 1940, Lange launched a co-operative music publishing enterprise, *Editorial Co-operativa Interamericana de*

Compositores, which publishes works by Latin American composers. In conjunction with the Radio service of Montevideo, he has organized a *Discoteca*, a collection of phonograph records". (page 286).

There are at least a dozen other examples of similar repetition, some even more flagrant, but too extensive for quotation. And all this in a book which, as the publishers announce, is a wartime product, made in full compliance with government regulations for the conservation of paper and other essential materials.

A continent that has produced the music of a Carlos Chávez and a Heitor Villalobos deserves better than this. It would seem that with the moral and financial resources behind our good neighbor policy, with the fine preparatory work done by the music division of the Pan-American Union and some of our broadcasting companies, this country should be able to produce a book which in literary and scholarly standards is a compliment, not an insult, to the music of Latin America.

Frederick W. Sternfeld.

Wesleyan University.

TORRE REVELLO, JOSÉ: *La Orfebrería colonial en Hispanoamérica y particularmente en Buenos Aires*. Buenos Aires, Editorial Huarpes, 1945, 111 (3) p., ils.

En 1943 don José Torre Revello, cuyos importantes trabajos sobre historia colonial lo colocan entre los más destacados investigadores de nuestro pasado, publicaba un profundo artículo sobre el arte de la orfebrería en la colonia. Este trabajo, ampliado en parte, ha sido reimpresso por la Editorial Huarpes, firma que ha dedicado preferente atención a las obras históricas.

El libro que nos ocupa constituye un aporte sincero a la historia de la cultura hispanoamericana, a cuyo estudio está el Sr. Torre Revello entregado desde hace largos años. En apretadas líneas se resume el desarrollo magnífico de un arte exquisito, que contó con notables cultores entre los naturales del Nuevo Continente.

El estudio, precedido de una corta introducción, consta de cuatro capítulos. En los dos primeros, y a manera de antecedente, se analiza el arte de la orfebrería en la América precolombina y en Europa, estudiándose en los dos restantes, la labor de los artífices hispanoamericanos, particularmente la de los porteños.

Ha creído conveniente el distinguido investigador historiar, aunque

en forma somera, el desenvolvimiento de la orfebrería, en la época del descubrimiento, no sólo en Europa, sino también en América, donde este arte "había alcanzado a realizar obras magníficas, dignas de parangonarse... con las mejores que se ejecutaban en España".

El testimonio de Hernán Cortés, López de Gómara, Cervantes de Salazar y Bernal Díaz del Castillo, que dan cumplida noticia de la cultura de los habitantes del actual México, es utilizado por el autor, para afirmar el alto grado de perfeccionamiento alcanzado por la orfebrería en la América precolombina.

Afirmase asimismo la destacada actuación de los artífices peruanos, que contribuyeron con su obra al esplendor del Imperio de los Incas, destacándose la aseveración de Francisco de Jerez, secretario de Francisco Pizarro: "Si hobiera de contar las diversidades de las piezas de oro que trajeron [los indígenas], sería para nunca acabar".

En el segundo capítulo se reseña el ejercicio del arte de la platería en Europa, especialmente en España y Portugal.

La abundancia de metales preciosos, provenientes del Nuevo Mundo, facilitó el desarrollo de la orfebrería, que alcanzó un esplendor sin igual en la España del siglo XVI, en que los Arfe—Enrique, Antonio y Juan—labraron y cincelaron monumentales y complicadas custodias para las principales iglesias.

El capítulo tercero está dedicado a historiar el desenvolvimiento de esta actividad artística en la América española. Desde 1495—recuerda Torre Revello—llegan a nuestro continente maestros plateros, a pesar de que "desde los tiempos de los Reyes Católicos se hallaba prohibido el ejercicio de la profesión de platero en el Nuevo Mundo", a lo cual se agregó en 1526 la orden expresa de Carlos V de impedir, bajo pena de muerte y confiscación de bienes, la actividades de los orfebres. Sin embargo, se autorizó posteriormente el ejercicio de la profesión, en determinadas regiones, pero no así en México, donde se violó en parte la ley, derogada en 1559. Confirman estas transgresiones las Ordenanzas de 1538 del Virrey Antonio de Mendoza, "sobre el orden y buen gobierno de las personas que labran oro y plata en esta Nueva España", que fueron halladas por el autor en el Archivo General de Indias.

Ocupase luego de la organización del gremio de plateros en las distintas ciudades del Nuevo Mundo, y de las obras realizadas por ellos, algunas de las cuales se conservan en la península.

Analiza el Sr. Torre Revello, en el último capítulo del libro, la labor de los orfebres porteños, que no llegaron a constituir un gremio verdaderamente, pues fracasaron todos los intentos hechos en tal sentido. A pesar de ello utilizase en los documentos contemporáneos el término

"gremio" para designar el grupo o junta de los artistas plateros, que tuvieron en San Eloy su celestial protector.

A partir del siglo XVIII los plateros adquieren una importancia mayor, destacándose Juan Antonio Callexas y Sandoval, autor de grabados religiosos, Juan de Dios Rivera y Manuel Pablo Núñez de Ibarra, del cual se conoce un grabado de 1809, que representa a San Pedro González Telmo. Pero sin duda alguna ninguno de ellos alcanzó la fama del maestro italiano José Boqui, quien desde 1801 hasta 1808 trabajó en Buenos Aires, pasando luego al Perú, donde la tradición conserva su recuerdo.

En Apéndice se publican las Ordenanzas para los orifices y plateros de México (1538-1543).

Adolfo Luis Ribera.

Buenos Aires.

The United States 1865-1900. A Survey of Current Literature with Abstracts of Unpublished Dissertations. Edited by CURTIS WISWELL GARRISON, Vol. III. Fremont, Ohio, The Rutherford B. Hayes-Lucy Webb Hayes Foundation, 304, p.

The United States 1865-1900 is the third volume of a series which provides a new tool for the historian, an annual review of the significant writing about the period, 1865-1900. This issue covers 1944, a year when scholarly publication was understandably light.

The survey consists of reviews of books and articles relating to the era grouped under headings such as "Political and Constitutional", "Social and Economic", "Religion", and "Regional and State". The last category is further broken down into the various regions with an additional section on the Indian. Each of these major sections has an editor who supplies a survey of the historical writing during the year relating to his topic. These evaluate the total published research and at times suggest improvements. In addition to these, there are sections on "Recent Textbooks and Popular Histories" and "Abstracts of Unpublished Dissertations".

In the introduction the editor calls attention to the inadequate coverage in some areas and promises that when the fifth volume appears "it should be as inclusive as is humanly possible". He also laments the fact that reviewers do not always place their emphasis upon the contribution the work under consideration makes to knowledge, and as a consequence many of them do not differ significantly from the reviews

in historical journals. While this practice does not detract from the convenience of the volume, these reviews add nothing unique to it.

In order of value the various inclusions seem to rank as follows: (1) the abstracts of unpublished theses, even though they are written by the authors and hence are relatively uncritical; (2) the reviews of periodical articles; (3) the all too brief essays by the editors of the sections giving an overall view of writing on each topic; and (4) the reviews of books, which have already been evaluated in greater detail elsewhere.

The section on textbooks and popular histories adds little to the value of the volume, as these are clearly outside of its purpose. The period, 1865 to 1900, is convenient for teaching and for writing on some topics in American history, but many significant contributions to the period are in studies over longer or different periods. Few reviewers have concentrated their examination solely on the period under consideration, and the reader can forget that the volume specializes on 1865 to 1900. This problem is inherent in the nature of the project. A topical review would give the editor fewer headaches.

The reviewers are well selected and their comments useful and interesting. Fortunately there are few comments as fatuous as one regarding W. E. Woodward, regretting that his volume did not include American life in the twentieth century "of which no one living knows more at first hand".

While the *United States 1865 to 1900* is far from a perfect tool, it is exceedingly useful and will become much more valuable to historians when it achieves complete coverage. The industry and intelligence that have gone into its planning deserve the gratitude of all scholars who work in this field of American history.

Elmer Ellis.

University of Missouri.

VON HAGEN, WOLFGANG VICTOR: *South America Called Them*. New York, Alfred A. Knopf, 1945, 298 p., illus.

As an account of travel, hardship, high purpose and adventure, *South America Called Them* is exciting and engrossing. As a scientific contribution to the history of exploration, one would wish that Mr. Von Hagen's editors had been less cynical about the relation of accurate facts to a "popular" history. Mr. Von Hagen became a member of the United States Army before the manuscript was in a completed state. It was then turned over to J. R. de la Torre Bueno,

Jr. and to Clinton Simpson, for editorial revision. We do not know how long was this task of preparation and completion, but it was not long enough. More precise attention to details, to small fact, and to subduing a few examples of Mr. Von Hagen's over-enthusiasm, would have made of this book an outstanding example of vivid popularization of a scientific theme.

The book deals with the South American travels and researches of four naturalists, "the new conquistadores", who explored, and opened up new regions within their own special fields: De la Condamine, commissioned by the Academie des Sciences to measure the arc of the meridian at the equator, spent 8 years in the process; Humboldt, curious about every phenomenon of "terrestrial nature" in the unknown continent, travelled there for 5 years; Darwin, as a young man, voyaged on the *Beagle*, and found in Tierra del Fuego and in the Galápagos Islands materials which bore fruit in his theories on evolution and selection; Spruce devoted the main portion of his adult life to the exploration and collection of specimens and information around the Amazon region.

These four scientists were chosen by the author as representing four different periods in the development of South America: from the initial Colonial isolation which was pierced by De la Condamine to the period in which Spruce witnessed the encroachment of rubber speculation in Brazil. With the biographies of these men as a frame work, Von Hagen describes a rich variety of social custom, political intrigue, and scandalous anecdote. In the background of this human behavior is the physical environment of South America, which the author portrays richly and effectively.

His main defects are those which belong in an over-enthusiastic first draft, and which could have been eliminated in the final revision. In a discussion of this book by a panel of critics on an *Author Meets Critic* radio program, sponsored by The Book-of-the-Month Club, in November, 1945, 20 errors of minor fact were noted. These errors, or mis-statements, are in themselves slight, yet have the cumulative effect of making the reader uneasy about more important facts. Added to this the tendency of Mr. Von Hagen to strain after dramatic effects.

Of the death of De la Condamine, Von Hagen over writes:

"In his last gasp he passed the future exploration of the continent he had opened to one Alexander von Humboldt, at that moment aged five, then playing in the castle gardens"... (p. 85).

He is lavish in his interpretations of the emotions of his subjects: "If Charles Darwin was astonished in 1839 to find himself an author,

he was more astonished to find himself married in the same year to his cousin, Emma Wedgwood"... (p. 227).

Or, "No one would have guessed, least of all young Charles Darwin, that here on this blighted moonscape (The Galápagos) would be born the theory of evolution". (p. 217).

In spite of such examples of forced labor, if Mr. Von Hagen will choose determined editors for his next book on South America, we shall look forward with interest to reading it.

Audrey Engle Hawthorn.

Tuckahoe, N. Y.

WILLIAMS, MARY WILHELMINE: *The People and Politics of Latin America*. Revised edition, revision completed by Ruhl J. Bartlett. Boston, Massachusetts, Ginn and Company, 1945, xi-961 p.

One of the most widely used college texts on Latin American history has now undergone its third edition. The second revision was made by Professor Williams in 1938, but death interrupted her final revision of the third edition, and the completed work was edited by Professor Bartlett of Tufts College. The old chapter on the "End of Spanish Rule in America" has been omitted. Instead, there is a completely rewritten chapter, entirely new, called "Latin America and the Second World War". There are alterations and additions to the index and bibliography to conform to these changes. Generally speaking, the organization and interpretation remains the same, and most of the revision has been limited to bringing the material up-to-date.

Due to what is probably oversight, bibliographical weakness, errors and repetition of titles, and mistakes in spelling have unfortunately crept in. There are also some conspicuous omissions from the bibliography which detract from its usefulness, and seem to suggest that the editor was not completely at home in current scholarly literature dealing with Hispanic America. On the whole, however, the text supplies a smooth narrative to supplement critical teaching.

Many traditional notions and interpretations are retained, and there are few new conceptions. The book retains the historiography derived from the defective Markham translations of Inca sources, issued by the Hakluyt Society. It seems to the reviewer that the treatment of 18th century Latin American thought would do well to draw upon the broader and more recent scholarship which has proved the presence of the enlightenment in colonial America.

The text does well in its treatment of cultural history in the modern

period. Dr. Williams has definitely contributed material upon the status of women in modern Latin America. A conspicuous gap in the book is the absence of any adequate discussion of ideas in Latin America, especially of social and philosophical thought. Nowhere is there any account of the great influence exerted by Comte's positivism in Mexico, Brazil, and Chile during the 19th. century. A student might have benefited by acquaintance with Latin American thought.

Harry Bernstein.

Brooklyn College.

WITKE, CARL: *Against the Current. The Life of Karl Heinzen (1809-80)*. Chicago, University of Chicago Press, 1945, x-342 p., \$3.75.

The first decade of the nineteenth century in Germany made rebels. The stormy years of the liberation, of French invasion and withdrawal, left a heritage that bore fruit when the children reared in the midst of intellectual and social unrest reached maturity. The contrast between romantic aspirations and tawdry political realities was oppressive to the young men of the 1820's and 1830's and supplied the *elan* to the outbreaks that culminated in the revolutions of 1848. The crushing defeat of the liberal movement that year failed to destroy confidence in the ideas in which it rested; even those who emigrated in the aftermath carried interest in the old causes with them to the new world. Certainty of ultimate victory led many to remain exiles. Cherishing hopes of an approaching triumph and isolated from new currents of ideas, they refought old battles and passed into a gradual ossification. The great mass of immigrants, reconciled to the new life in America lost their devotion to the old principles and abandoned the leadership of those who continued to look back across the Atlantic.

Heinzen's life followed the cut of this pathetic pattern. A turbulent youth, a romantic adventure in the Dutch East Indies, and an embittering conflict with the Prussian bureaucracy prepared him for the life of a rebel. He gained a reputation as a pamphleteer, played a minor part in the uprisings, and then took up a journalistic career in the United States. His strength and his weakness was a consistency in radicalism that held him to the same doctrines of rational liberalism long after their relevance had evaporated. Dogmatically uncompromising, he lost contact with the German-American community and ended his life preaching to a tiny coterie of the converted.

Mr. Wittke has skillfully woven all the elements of Heinzen's story into a satisfactory and readable biography. Access to Heinzen's personal

papers enabled him to write with authority of the life of the man and understanding gave him insight into the development of the thinker. This is one of the best accounts we have of a German-American.

Oscar Handlin.

Harvard University.

ZAPIOLA, JOSÉ: *Recuerdos de treinta años (1810-1840)*. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1945, 310-(6) p., 21 cms., con retrato del autor.

El autor dió a la estampa su obra por primera vez en 1871, desde entonces hasta nuestros días ha sido reimpressa en distintas oportunidades. La edición que motiva estas líneas va precedida por una estimable biografía de José Zapiola, que firma Eugenio Pereira Salas.

José Zapiola Cortés nació en 1802 en Santiago de Chile y falleció en el mismo lugar en 1885. Consagrado al ejercicio de la música actuó y recorrió diversos países de la América del Sur. Tuvo una vida activa y brillante. Gozó de popularidad y simpatía. Fué autor de diversas piezas musicales y se consagró a la docencia del arte de Orfeo.

Eugenio Pereira Salas nos da noticia de cómo Zapiola inició la publicación de sus recuerdos, que abarcan la primera mitad de su existencia.

Barros Arana ha señalado que la obra tiene algunos errores de detalles, fruto de la vaguedad de los recuerdos, pero establece que es exacta muchas veces en el colorido general. En este último aspecto, por tanto, debe valorizarse esta obra que nos permite conocer la época que describe de Santiago de Chile en cuadros llenos de ambiente y de sabor local.

Dentro del aspecto referido se pueden colocar los capítulos titulados: *La policía de aseo y seguridad*, en donde se hace la descripción de algunos de los lugares más importantes de la ciudad, v. g., la Plaza de Armas y la Alameda. *Música, teatro y baile*, en donde se historia el instrumental y el desarrollo artístico; *Opera y teatro*, con mención de los principales ejecutantes y artistas y con referencias a los bailes más difundidos; *La canción nacional*, su origen, el órgano de la Catedral, el Conservatorio de música, etc., y *Costumbres de la época*. Amén de otros capítulos no menos interesantes y llenos de vivacidad, como el que dedica el actor Luis Ambrosio Morante, con otros consagrados a hechos históricos y políticos, anécdotas y aspectos curiosos difíciles de documentar en otras fuentes.

Por lo expuesto puede decirse que esta obra es digna de la popularidad de que goza y la esmerada reproducción que acaba de hacerse era necesaria entre los estudiosos.

La presente edición que sigue el texto de un manuscrito original del autor, ha sido enriquecida con notas dictadas por él mismo y que fueron apuntadas en su tiempo en un ejemplar impreso. Se acompaña de la *Introducción*, que escribió Ventura Blanco en 1872, la carta autobiográfica que en el mismo año dirigió Zapiola a José B. Suárez, una bibliografía del autor y finalmente un índice alfabético.

Agreguemos finalmente, que si bien hay cierto desaliño en la forma de exponer los hechos, precisamente, ese aparente defecto, le da sabor de relato y una amenidad difícil de alcanzar si no se hubieran vivido las cosas que allí se tratan.

José Torre Revello.

Buenos Aires.

